BOLSILIBROS BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

LA HUELLA

LOU CARRIGAN

CANTOS DE SIRENAS



COLECCION
LA HUELLA

LOU CARRIGAN

CANTOS DE SIRENAS

Colección LA HUELLA n.° 2
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN *84-02-03656-2*
Depósito legal: *B 22685-1974*

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: *julio, 1974*

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Los altavoces anunciaron la llegada del vuelo de la Aloa Airlines, procedente de Hawaii-Maui-Malokai, al Honolulu International Airport, y al oírlo, Sophie Driscoll dobló la revista que estaba leyendo, la guardó en su bolso y se dirigió a la sala de espera.

Mientras caminaba, pensaba con no poca curiosidad en el viajero que debía llegar en aquel vuelo, según el telegrama que había recibido hacía un par de horas, expedido desde el Hoolehua Airport, de Moloai:

> «RECIBIDA TRISTE NOTICIA-SALDRE DE MOLOKAI — VUELO 202 ALOHA AIRLINES— SALUDOS».
>
> «Wade Manning».

¿Cómo sería el sobrino del señor Manning? Si lo juzgaba considerando que debía parecerse a su tío, debía ser una persona excelente, sin la menor duda. Pero, a veces, ni siquiera los hijos se parecen a los padres, así que muy bien podría ser que el tal Wade fuese un tipo de lo más intratable… En cuyo caso, ciertamente, por muy sobrino que fuese, el señor Manning no le habría tenido en tanta estima como a Sophie le había parecido siempre.

Harold Manning solía hablar rara vez de su sobrino, pero cuando lo hacía, sonreía de aquel modo tan simpático y cordial.

—Quizá esté un poco chiflado —decía—, pero es un buen muchacho.

Así que estaba decidido: Wade Manning *tenía* que ser un buen muchacho.

En lo que Sophie Driscoll no tenía la menor duda, era en que lo

identificaría apenas lo viese. Por supuesto que *teñía* que parecerse, aunque sólo fuese un poco, a su tío. Es decir que sería alto, de buena presencia, atractivo, seguro de sí mismo… y educado. Con esa educación benevolente de las personas convencidas de su propia valía, claro. Cortés, muy cortés, pero siempre con aquella actitud de amable superioridad convencidísima… En suma: un tipo elegante, guapo y que se consideraba a sí mismo perfectamente capacitado para ocupar la presidencia de Estados Unidos…, en el caso de que el país le *necesitase.*

Poco después, los pasajeros llegados en el vuelo 202 de aquel día comenzaban a salir a la sala de espera. Saludos, risas, besos, flores de hibisco…

«¡Aloha! ¡Aloha! ¡Aloha!», se oía por todas partes. Y mientras tanto, Sophie miraba de uno a otro pasajero, desconcertada… y comenzando a sentirse un poco irritada. Había tenido la atención de ir a esperar a Wade Manning, y el muy antipático…

—Perdón…

Sophie se volvió hacia su izquierda y se quedó mirando al sujeto que había llamado su atención tan tímidamente. Era solamente un par de pulgadas más alto que ella, llevaba lentes, iba despeinado hasta lo increíble, y llevaba un traje blanco, más bien sucio y arrugado; debajo, una camisa de colores. Y unos zapatos negros que parecían sacados de un Museo del Calzado. Pasmo de pasmos: llevaba aquellos horrendos zapatones negros, pero no llevaba calcetines. Delgado, huesudo, feo, era, en suma, una de las más estrafalarias imágenes que Sophie había visto jamás. Lo único bueno que podía decirse de su aspecto; era que estaba tan bronceado como podía estarlo un nativo de las Hawaii… intensísimamente bronceado.

—¿Diga? —murmuró Sophie.

—Una tal señorita Driscoll me dijo que me estaría esperando cuando llegase de Honolulú… ¿No será usted la señorita Driscoll, por casualidad?

—¿Señor Manning? —Casi se desmayó Sophie.

—Sí, sí: el mismo.

Al decir esto, Wade Manning sonrió. Y, ¡patapum!, Sophie Driscoll tuvo la sensación de que el mundo entero acababa de llenarse de una extraordinaria luz jamás vista antes por ser humano

alguno. Fue igual… igual… igual que si a un niño que está llorando le enseñaran, de pronto, el más fantástico y formidable de los juguetes, que corta el llanto de raíz y provoca la luminosa sonrisa infantil.

—Yo…, yo soy Sophie Driscoll, sí —casi tartamudeó Sophie—. Espero que…, que haya tenido un buen viaje, señor Manning.

—¡Oh! Es tan corto, que uno no tiene tiempo más que de abrocharse y desabrocharse el cinturón, prácticamente. Cincuenta millas no son gran cosa para un avión, ¿verdad?

—Sí… Claro…

—Ha sido usted tan amable en su telegrama, que me he permitido —Manning metió una mano en un bolsillo de la mugrienta chaqueta, y le sacó una flor— traerle una *White Kukui Biossom*. Es la flor de la isla de Molokai, ¿sabe?

—Gracias… Muchas gracias.

Los dos miraban la flor, cuyo color verde casi era negro ya. Y, por supuesto, estaba tan arrugada y marchita como el traje de Wade Manning.

—Me temo que se ha estropeado un poco durante el viaje —sonrió él—. Pero mi intención era buena.

—No tengo la menor duda, señor Manning. Bueno, si le parece, recogeremos su equipaje y nos…

—¡Oh!, no traigo más equipaje que éste —mostró una asquerosa bolsa de lona que llevaba en la mano izquierda, y en la cual se leía: US Navy—. Es mi maleta, mi armario y mi cuarto de aseo a la vez.

—Muy…, muy original… Bien, tengo el coche en el estacionamiento.

—Temo que le estoy ocasionando molestias.

—Ninguna —dijo Sophie, con toda sinceridad.

Se dirigieron hacia el estacionamiento. Wade Manning iba mirando a todos lados, y de vez en cuando sonreía. Tenía la expresión de quien está viendo marcianos en su plato de sopa. Y, a veces, tropezaba y daba un precipitado paso alargado.

—Es por los zapatos, ¿sabe? —se disculpó—. No estoy muy acostumbrado a ellos.

Sophie era una muchacha muy educada, así que dijo:

—Lo comprendo.

Pero no lo comprendía. Si Wade Manning no estaba

acostumbrado a llevar zapatos…, ¿qué solía llevar en los pies? ¿Corbatas? Le dirigió otra mirada de reojo y se dio cuenta entonces de que tenía una barbilla aguda, saliente, y el cuello, tan delgado, parecía tener más músculos que ella en todo el cuerpo. ¡Tipo raro…!

Ella señaló el coche y cuando llegaron allá, Manning se apresuró a abrirle la portezuela del lado del volante y luego fue a sentarse en el asiento contiguo.

—Caramba, ¡tabaco! —exclamó, señalando el paquete que había en el salpicadero—. ¿Me permite que tome un cigarrillo, señorita Driscoll?

—Naturalmente…

—Es que hacía algunos días que no me acordaba de fumar, y como salí tan precipitadamente…

—Lo comprendo. No, yo no —rechazó el ofrecimiento—; prefiero dedicarme a conducir.

—Es una excelente actitud. ¿Sería usted tan amable de llevarme por la 92 y por Ala Moana?

—No tengo inconveniente —murmuró Sophie—. Pero ¿le parece a usted que es momento de dar un paseo?

—¿Un paseo? —Wade la miró sorprendido—. Bueno, de todos modos, ése es el camino hacia el apartamento de tío Harold, ¿no?

—Sí, pero su tío no…, no está en su apartamento.

—¡Ah…! ¿Dónde está?

—En el Depósito de Cadáveres.

—¿En el Dep…? —Wade Manning parpadeó—. ¿Por qué? Comprendería muy bien que estuviese en una funeraria, pero…, ¿en un depósito de cadáveres? ¿Por qué?

—La policía envió allá el cadáver para la autopsia.

—¿Con qué objeto? —Se pasmó Wade.

Sophie se sentía aterrada, de pronto. Había olvidado que en su telegrama indicaba, sencillamente, el deceso de Harold Manning, porque le había parecido brutal aclarar por aquel sistema de comunicación, como se había producido el deceso.

—Pues… —tartamudeó— supongo que…, que querrán saber a qué hora lo…, lo mataron y…, y todo eso que…, que la policía…

—¿Lo mataron? —La miró vivamente Wade.

Tenía los ojos grises, muy claros. Sophie pensó, de pronto, que

parecían dos pequeños lagos de agua helada.

—Sí… Lo…, lo mataron con una pistola… Parece que le hicieron dos disparos, en…, en el pecho… Murió instantáneamente… ¡Oh, Dios mío, lo siento…! ¡Señor Manning, yo…!

No supo qué más decir. El la estuvo mirando unos segundos. Luego, miró hacia delante y movió la cabeza. Sophie puso en marcha el coche y poco después salían del estacionamiento. Por Aolele llegó a Lagoon Drive, y por ésta a la 92, es decir, a Nimitz Highway…

—Pero…, ¿por qué? —preguntó, de pronto, Wade.

—No lo sé. Nadie lo sabe…, pero parece que le robaron. Estaba…, estaba caído en el suelo de su despacho, cara al techo, y tenía…, tenía los ojos muy grandes, muy abiertos… La caja fuerte estaba abierta, y la policía no encontró nada de dinero en ella, así que…, que pensamos que fueron a robarle.

—¿Quiere decir que le estaban robando, él llegó, y vio al ladrón y éste le disparó?

—No sé… Yo no sé nada de estas cosas, señor Manning… Sólo recuerdo su cara, tan blanca y tan rígida, y los ojos tan…, tan abiertos y tan tristes…

—¿Quién encontró el cadáver?

—Yo…

—Lo siento —murmuró Wade—. Supongo que debió impresionarse mucho, señorita Driscoll…

—La verdad es que sí… Mucho.

—De verdad lo siento. ¿Y qué hizo?

—Pues… llamé a la policía, claro. Vinieron enseguida y me dijeron que había que avisar a los familiares. Yo dije que el señor Manning sólo hablaba de un familiar, y muy de tarde en tarde, y la policía me dijo si sabía dónde estaba usted, que fuese tan amable de avisarle. Yo sólo sabía que vive usted en Kalaupapa, en Molokai, así que envié un telegrama allí, con la esperanza de que llegase a usted la noticia, aunque iba sin dirección.

—Soy bastante conocido en Kalaupapa. Me trajeron el telegrama inmediatamente, en una motocicleta, y con esa misma motocicleta, mi amigo me llevó al aeropuerto. Por eso he podido venir tan pronto. Mmmm… ¿Entiendo que no saben aún a qué hora le mataron?

—No. Pero oí que uno de los policías comentaba que había debido ser durante la noche.

—¿Y a qué hora lo encontró usted?

—Debían ser las once, más o menos… De esta mañana, claro. Yo estaba en el despacho de la Mauna Loa Dressing, esperando al señor Manning, pues teníamos mucho trabajo hoy, y él mismo me había dicho, anoche, que fuese temprano…

—¿Qué es usted de él?

—Su secretaria. Bien… Como no llegaba, le llamé varias veces por teléfono, pero no contestaba. Así que, cerca de las once, me dije que quizá había tenido algún accidente o no se encontraba bien… Bueno, un hombre que vive solo…

—Sí, sí, entiendo. En fin, que fue usted al apartamento de mi tío. ¿Y cómo entró?

—El portero me abrió la puerta con su llave… ¿Por qué me hace tantas preguntas?

—Por favor, no se moleste conmigo, señorita Driscoll… Y compréndalo: tío Harold era el último familiar que me quedaba. Es lógico que quiera saber lo que ha pasado.

—Sí… Sí, le comprendo. Pero… Bueno, lo que ha pasado no lo sabe nadie, por ahora.

—¡Oh, sí! —murmuró Wade—. Lo sabe el asesino, ¿no cree?

—Sí… —volvió a tartamudear Sophie—. Sí, claro…

—¿Y quién podría ser el asesino?

—¡Dios mío! ¿Cómo voy a saber yo eso? —exclamó Sophie.

—Quiero decir que quizá había alguien que no quería bien a tío Harold y que…

—¿Al señor Manning? —se sorprendió en verdad Sophie—. ¡Desde luego que todos lo queríamos en la compañía! Era una persona maravillosa, tan amable, tan afectuoso siempre… ¡Imposible! Además, la policía piensa que fue un ladrón…

—¿Tenía mucho dinero mi tío en la caja?

—Pero, señor Manning, ¡yo no puedo saber todas esas cosas que me está preguntando! Yo era su secretaria en la compañía, no en su vida privada.

—Sí, lo comprendo; perdóneme… No le haré más preguntas. Supongo que la policía me informará debidamente de lo que sepan.

CAPÍTULO II

—¿Señor Manning?

Wade asintió a la pregunta del hombre que se había acercado a ellos, apenas entrar en el depósito. Alto, delgado, sobrio, de mirada aguda y amable…

—Sí.

—Soy el teniente Bellamy, de Homicidios. Lamento conocerle en estas circunstancias.

—Gracias. ¿Conoce a la señorita Driscoll?

—Desde luego —sonrió Bellamy—. Ella fue quien llamó al departamento, y estaba en el apartamento de su tío cuando llegamos. Le estamos muy agradecidos a la señorita Driscoll por las molestias que se ha tomado.

—No creo haber hecho nada extraordinario —murmuró ella.

Bellamy volvió a sonreír.

—Por ahí dentro hay algunas personas de la Mauna Loa Dressing —dijo—. Los socios de su tío en esa compañía, señor Manning. ¿Los conoce usted?

—No. Hace mucho tiempo que no vengo a Honolulú, teniente. Mi tío me visitaba de vez en cuando, así que no tenía por qué moverme de Molokai.

—Es una hermosa isla… Supongo que quiere usted ver a su tío. Y aunque está sobradamente identificado, esperaremos la confirmación de usted. Venga usted también, señorita Driscoll.

—No… No, no…

—¿Le da miedo? —La miró sorprendido Wade.

—No… Es que… ¡Oh, Dios mío, pobre señor Manning…!

—Venga conmigo —susurró Wade, cogiéndola de una mano—. Le agradezco mucho el afecto que demuestra sentir por mi tío, pero

ya no tiene remedio lo sucedido, y debemos saber afrontar las realidades. No tema nada —le apretó suavemente la mano—. Estoy con usted.

Durante tres o cuatro segundos, Sophie estuvo mirando fijamente a Wade Manning, contemplando aquellos ojos grises que ahora ya no parecían pequeños lagos helados, sino dos grandes puntos de luz serena. Luego, miró la mano con que él sujetaba la suya, y se dio cuenta de que la tenía sucia, como manchada. Pero no le importó. No le importó lo más mínimo, porque, de pronto, sin saber por qué, comprendió perfectamente que sí, que algo había sucedido, algo terrible…, pero que debía afrontarlo con serenidad.

Asintió con la cabeza y echó a andar junto a Wade, sin soltar su mano, contemplados curiosamente por Bellamy, que se apresuró a alcanzarlos para guiarlos.

Llegaron a la pequeña antesala de la cámara fría. Habían allí varias personas… Tres hombres y una mujer; una muchacha joven, y tan bonita que parecía una muñequita ideal. Alta, rubia, de grandes ojos azules, boquita húmeda y roja… Un bombón de primera categoría. Junto a ella había un sujeto alto y atlético, muy apuesto de mirada viva, inteligente. Era el más joven de los tres hombres. Debería tener unos treinta y cinco años. Los otros dos sobrepasaban los cincuenta.

—Pertenecen a la Mauna Loa Dressing, la compañía en la que su tío formaba sociedad —dijo Bellamy—. El señor Robert Bradford y el señor Arthur Richter —señaló a los dos mayores— son los otros dos socios de Mauna Loa. El señor Roger Kines —señaló al apuesto atleta—, si no he entendido mal, es el tesorero. Y la señorita Elaine Chambers, secretaria del señor Richter. El es sobrino del señor Manning… Por cierto, no sé su nombre, no recuerdo…

—Wade Manning —murmuró éste—. ¿Cómo están ustedes?

—Sentimos mucho lo ocurrido, muchacho —aseguró el señor Bradford—. De verdad. Harold era una excelente persona. ¿No es cierto?

Los demás asintieron, mientras Arthur Richter se permitía dar una amistosa palmada en un hombro a Wade.

—Son ustedes muy amables —susurró—. ¿Me perdonan unos minutos?

—No faltaba más.

Bellamy abrió la puerta, apartándose, y entraron Wade y Sophie, todavía cogidos de la mano. El teniente entró tras ellos, cerró la puerta y se dirigió a uno de los cajones frigoríficos, tiró de él y se colocó a un lado. Wade y Sophie se colocaron junto a él, y el policía alzó la mortaja.

Wade Manning notó la sacudida de la mano de Sophie, pero no hizo comentario alguno. Se quedó mirando a Harold Manning, su último familiar. Estaba desnudo, lívido, con las facciones afiladas, crispadas… Con la mano izquierda, Wade deslizó más abajo la mortaja, y vio los dos negruzcos orificios en el pecho, rodeados de sangre seca; parecía de color negro, o poco menos. Tapó las heridas, y durante más de un minuto estuvo allí, inmóvil, mirando aquel rostro que la muerte le hacía parecer extraño, casi desconocido…, diferente.

Pero no. No era un desconocido. Era tío Harold, el generoso, amable, cariñoso y comprensivo tío Harold.

—Adiós, tío Harold —musitó.

Miró a Bellamy y éste colocó bien la mortaja, cerró el cajón y señaló hacia la puerta. Cuando salieron a la antesala, estaban allí las mismas personas, y miraron atentamente a Wade, que parecía sereno y tranquilo. ¿Para qué demostrar el dolor que sentía por la muerte del hombre que, desde que tenía quince años, había sido en realidad un padre?

—¿Qué pasará ahora, teniente? —preguntó.

—Habrá que practicar la autopsia. Luego, pondremos el cadáver a su disposición, para el sepelio.

—Sí, claro… Bien, hace mucho tiempo que no vengo a Honolulú. No sé cómo me las…

—Si le parece bien —se ofreció el apuesto Roger Kines, en el acto— yo puedo encargarme de todo eso, Manning.

—Sí… Sí. Se lo agradeceré mucho, señor Kines.

—Le aseguro que lo hago con gusto… —Kines se mordió los labios, y pareció encogerse—. Bu… bueno, he querido decir…

—Le he comprendido —le sonrió Wade—, no se preocupe. A veces se dicen palabras que parecen no encajar con la situación, pero yo le he entendido a usted.

—Bien… —murmuró Robert Bradfort—. Suponemos que la policía está trabajando en esto, teniente. Y activamente.

—Activamente —asintió Bellamy—, en efecto. Pero señor Bradford, comprenda usted que sólo hace unas horas que fue hallado el cadáver, y que una investigación como ésta requiere tiempo. Por el momento, creemos que lo mataron hacia las once o las doce de la noche, aunque el forense dirá su última palabra al respecto, después de la autopsia.

—¿Y eso es todo? —se asombró Arthur Richter.

—Espero disponer de más datos si ustedes son tan amables de contestar algunas preguntas… —masculló Bellamy—. No se puede hacer una investigación sin contar con datos. Por ejemplo, sería interesante saber si el señor Manning tenía dinero en su apartamento, y en ese caso, si tenía mucho o poco.

—¿Mucho o poco? —se sorprendió Kines—. ¿Qué importancia puede tener eso? Lo que importa es el asesinato, no la desaparición de cinco centavos o de cinco millones de dólares. Al menos, yo lo veo así.

—Yo lo veo de otra manera, señor Kines —replicó Bellamy, un poco mosqueado—. La cantidad robada tiene importancia, en muchas ocasiones, porque determina el comportamiento del ladrón. No hace lo mismo el ladrón que ha robado cinco centavos que el que ha robado cinco millones de dólares. Sí, por ejemplo, ha robado cinco centavos, su vida no cambia. Si ha robado cinco millones, la cosa es más fácil para nosotros, porque el ladrón se moverá… Manejará dinero, quizá querrá salir de la isla, pagará deudas, se comprará un coche, o alquilará un apartamento mejor… Cosas así. ¿Comprende?

—Claro —farfulló Kines.

—Pero ¿cómo vamos a saber cuánto dinero teñía el señor Manning en su casa? —preguntó con melodiosa voz— Elaine Chambers.

—Ustedes, de ninguna manera. Pero —Bellamy miró a Sophie—, quizá pueda saberlo la señorita Driscoll, que era su secretaria.

—La misma pregunta me hizo el señor Manning —movió la cabeza Sophie, a la cual Wade había soltado ya la mano—, y le dije que no lo sé. Sí, podría saber si tenía determinados documentos, trabajo que se llevaba a casa, originales para nuevos modelos de vestidos… Cosas así. Pero de ninguna manera podría saber cuánto dinero tenía en casa.

—¿No estuvo usted trabajando con él en su apartamento, en alguna ocasión?

—Pues sí… —Parpadeó Sophie—. Un par de veces. El señor Manning era el encargado de los presupuestos para los nuevos modelos que presentaban nuestros diseñadores de modas, y en un par de ocasiones estábamos todos trabajando contra el tiempo, pues se acercaba el desfile de temporada… Estuve en su apartamento dos veces.

—¿Y nunca abrió él la caja, de modo que usted pudiera ver si tenía por costumbre disponer en casa de mucho dinero?

—No. Nunca la abrió. Es más; yo no sabía dónde estaba su caja fuerte hasta que la vi esta mañana, abierta, junto a aquel cuadro.

—Bien —movió la cabeza Bellamy—, parece que por ahí no conseguiremos nada. ¿Enemigos? ¿Tenía enemigos?

—¿Quién? —Se pasmó Kines—. ¿El señor Manning? ¡Rotundamente no, teniente!

—Pero oiga, teniente —frunció el ceño Arthur Richter— ¿de qué está usted hablando? ¿De un asesinato premeditado, planeado por un enemigo?

—¿No podría ser? —preguntó amablemente Bellamy.

—¡Claro que no! —exclamó la bella Elaine Chambers—. ¡No se me ocurre ni una sola persona en el mundo que pudiese querer hacerle daño a un hombre tan bueno! ¡Tuvo que ser un ladrón! Debía estar robando cuando llegó el señor Manning, y…

—No —negó Bellamy—. Según el portero del edificio, el señor Manning no había salido aquella noche. Es más, lo mataron cuando estaba en batín, lo cual nos demuestra que estaba en casa cuando llegó el ladrón…, si enfocamos así el asunto.

—¡Ah! ¡Eso sí encaja! —dijo Kines—… Quizá estaba en la cama, se despertó al oír un ruido, se puso el batín, salió del dormitorio, fue al despacho, y encontró allí al ladrón, que, al verse sorprendido, disparó contra él, y se llevó todo…

—No se llevó nada, aparentemente —negó Bellamy—. Quiero decir que en la caja habían muchas cosas. De todo, menos dinero: documentos, talonarios, dibujos de vestidos, facturas, presupuestos… De todo, menos dinero.

—Normal —dijo Richter—: al ladrón sólo le interesaba el dinero, claro.

—En cuyo caso —asintió Bellamy—, debía saber que el señor Manning disponía de una cantidad interesante en su casa. Debía ser una persona muy bien informada, y, desde luego, muy serena, con nervios de acero.

—¿Por qué dice eso? —se sorprendió Bradford.

—Porque se llevó la llave.

—¿Qué llave?

—La de la puerta del apartamento. La hemos buscado, pero no aparece en ninguna parte. Así que hemos pensado que el ladrón, después de matar al señor Manning buscó la llave, y cerró la puerta al marcharse. Porque la puerta estaba cerrada con llave cuando usted fue allá, ¿no es así, señorita Driscoll?

—Sí. Ya le dije que tuve que recurrir al portero.

—Lo recuerdo muy bien. Y claro, si eran las doce de la noche, por ejemplo, el ladrón y asesino pudo salir sin que nadie le viese, tranquilamente. También pudo entrar a hora tardía, evidentemente… Debió hacerlo así. Pero me parece una estupidez.

—¿Por qué?

—Porque el señor Manning, un hombre que vivía solo, regresaba muy tarde a su apartamento con mucha frecuencia, y eso debía saberlo un ladrón bien informado. Entonces, en lugar de subir a robar cuando el señor Manning estaba en casa…, ¿por qué no entró cualquier otro día en que el señor Manning no estuviese?

—¿Y todo eso qué quiere decir? —preguntó la aturdida señorita Chambers.

—Quizá quiera decir —reflexionó Roger Kines— que el ladrón sabía que, precisamente, anoche, sería cuando el señor Manning iba a tener mucho dinero en casa… ¿No, teniente?

—Podría ser —admitió éste—. Mis hombres están investigando en los dos Bancos en que operaba el señor Manning particularmente, y pronto sabremos si retiró alguna cantidad importante, en el día de ayer. Mientras tanto, todos ustedes, y en particular usted, señor Kines, como tesorero de la compañía, quizá podría interesarse respecto a si el señor Manning, por cualquier causa, había llevado a su apartamento dinero de la compañía, de la Mauna Loa Dressing.

—Santo cielo —palideció Bradford—, ¿qué está usted diciendo, teniente?

—Sí —murmuró Wade Manning—, me gustaría que explicase eso último muy bien, teniente.

—Ni mucho menos he querido insinuar que el señor Manning se llevase indebidamente dinero de la compañía…

—¡Estaría bueno! —bufó Kines—. ¡Un hombre que cuando tenía que pagar sus impuestos, me pedía que los empleados de la tesorería le hiciesen un estado de cuentas al centavo sobre sus ingresos…!

—Ya les digo que no he querido insinuar eso. Pero, quizá el señor Manning tenía que pagar algo a alguien, o necesitaba dinero en metálico con urgencia, o…

—Una cosa le aseguro —dijo Kines—: el señor Manning no se llevó ayer ni un centavo de la compañía. No lo había hecho nunca. Y si hubiese tenido que hacerlo, me habría llamado y me habría dicho con toda naturalidad: «Roger, tráigame mil dólares de la caja». Y eso sería todo.

—Bien… Quizá tenía dinero sacado del Banco… O alguna cosa importante. ¿Tenía en su caja el señor Manning algo que pudiese valer mucho dinero, señorita Driscoll?

—Que yo sepa, no. Podía tener facturas, presupuestos… Cosas así, ya le digo.

—Si usted examinase todo lo que contenía la caja…, ¿sabría si falta algo?

—Así de pronto, no. Pero quizá buscando luego en su despacho, podría sacar conclusiones.

—¿Y no sería tan amable de hacer eso?

—¿Ahora?

—Pues… —Bellamy miró su reloj—. ¡Oh, bien!, son las siete menos veinte de la tarde. ¿Mañana? Tenemos en el Departamento todo lo que contenía la caja fuerte… ¿Podría pasar mañana temprano: lo mira todo, hace una lista…? ¿Sí?

—Sí, con mucho gusto.

—Muy agradecido. ¿Se les ha ocurrido a alguno de ustedes —preguntó, de pronto, Bellamy— que el ladrón pudo entrar en el apartamento con el consentimiento del señor Manning?

Todos se quedaron mirando asombrados a Bellamy durante unos segundos, hasta que Kines farfulló:

—¡Usted está de broma, teniente!

—¿Cómo se le ha ocurrido semejante disparate? —Lanzó la señorita Chambers.

—¿Disparate? ¿Por qué, señorita Chambers? Mire, a partir de este momento, usted me conoce. Cuando me vea por la calle, se dirá: ahí va el teniente Bellamy…, y supongo que será tan amable de saludarme, ¿verdad?

—Pu… pu… pues sí… ¡Claro!

—Muy bien. Ahora, suponga que un día, estando usted en su apartamento, llaman a la puerta. Va allá, abre, y ve al teniente Bellamy, que dice que viene a visitarla por algún motivo plausible. ¿Me dejaría usted entrar en su apartamento?

—Naturalmente que sí —asintió la bella rubia.

—Pues ahí tiene.

—Ahí tiene… ¿qué? —Gruñó Richter—. ¿Está queriendo dar a entender que el asesino fue al apartamento de Harold, éste le abrió la puerta, entró, le mató…?

—Sólo he preguntado si a alguno de ustedes se le había ocurrido eso —puntualizó escrupulosamente Bellamy.

—Pues la respuesta es no —replicó hoscamente Bradford—. Pero según parece, a usted sí se le ha ocurrido, ¿verdad?

—Y por eso ha preguntado si el señor Manning tenía enemigos —apoyó Kines—. Pero, teniente, ¿usted le abriría la puerta a un enemigo?

—Si sabía que era mi enemigo, creo que no. Pero ese enemigo podría presentarse en forma de amigo, señor Kines.

—Está bien, está bien… Pero díganos: ¿de dónde ha sacado usted esa idea?

—Las investigaciones preliminares demuestran que la puerta del apartamento no fue forzada. Tampoco fue forzada la caja fuerte, ya que…

—¡Oh, vamos! ¡Hay ladrones que abren cualquier caja…!

—Lo sé. Pero siempre dejan alguna señal. Y no hay ninguna en la puerta del apartamento, ni en la caja. Es más, las llaves de la caja fuerte del señor Manning estaban en un bolsillo de su batín. ¿Se iría usted a la cama con las llaves de la caja fuerte en el batín, señor Kines?

—Yo no duermo con batín. Ni creo que el señor Manning lo hiciese. Si acaso, en pijama.

—Es verdad —parpadeó Bellamy—. Pero una cosa que suele dar resultado es pensar en lo sucedido poniéndose en el lugar de uno de los protagonistas: asesino o víctima. Del asesino apenas sabemos nada. Pero si yo estuviese en mi despacho, y abriese la caja fuerte, dejaría las llaves en un cajón de la mesa, o sobre la mesa misma, no en el bolsillo del batín.

—Yo no entiendo nada de nada —dijo Elaine Chambers.

—Quiero decir, señorita Chambers, que mi teoría, por el momento, es la siguiente: llega el asesino, llama, el señor Manning le abre la puerta, van los dos al despacho, el señor Manning abre la caja fuerte, se mete las llaves en el bolsillo, creo que para sacar algo de la caja inmediatamente, lo hace, se vuelve…, y el asesino le dispara. Luego coge la llave del apartamento, sale, cierra por fuera, y se va.

Nadie dijo nada. Durante unos segundos reinó el silencio más absoluto. Hasta que Robert Bradford murmuró:

—También pudo ser un ladrón que obligase a Harold a abrir la caja, amenazándole con una pistola.

—Es posible —Bellamy encogió los hombros, y miró a Wade Manning—. Entiendo que es usted el único familiar del señor Manning.

—Sí.

—¿Nunca le habló respecto a si tenía mucho dinero?

—En ocasiones. Creo que tenía alrededor de cuatrocientos mil dólares.

—¡Fiuuu…! —Silbó el policía—. En ese caso, imagino que iniciará usted pronto las gestiones legales de reclamación de…

—No tengo que iniciar nada. Tío Harold me llevó una copia de su testamento a Molokai hace tiempo, así que sé muy bien cómo está ese asunto.

—¿Y cómo está?

—Me nombró heredero universal, naturalmente.

Bellamy vaciló. Miraba con fijeza a Wade, y éste a él. Una extraña sonrisa apareció en los labios de Wade Manning, y Bellamy también sonrió. No, señor: no iba a cometer la brutalidad de preguntarle a Wade Manning si el día anterior había estado en Honolulú.

—Bien… Tengo la dirección de todos ustedes, así que si llegase a

necesitarlos, les llamaría. Señorita Driscoll, no olvide pasar, mañana temprano, por el Departamento. En cuanto a usted, señor Manning, ¿dónde podré localizarlo?

—En el apartamento de mi tío…, si no hay inconveniente en que me instale allí.

—No. Ya no. Me ocuparé de eso… ¿Tiene usted llave del apartamento, señor Manning?

—Desde luego —volvió a sonreír Wade.

—Lo decía por si…

—Entiendo muy bien por qué lo decía, teniente.

—Es usted…, o parece, un hombre inteligente. Buenas tardes a todos.

Abandonó la antesala del depósito frigorífico. Y, apenas había salido cuando Roger Kines exclamó:

—¡Está loco! ¡Nadie que conociese al señor Manning habría hecho una cosa así!

Robert Bradford encogió los hombros, y fijó su mirada en Wade.

—Respecto a esa herencia, señor Manning, supongo que las acciones de la Mauna Loa Dressing que tenía su tío están incluidas en ella.

—No.

—¿Cómo que no? —Salió Arthur Ritcher, pálido.

—Hace tiempo que soy propietario de esas acciones. Casi un año, si no recuerdo mal. En una de sus visitas, tío Harold se presentó con esos papelotes, y dijo que me los vendía. Le dije que no me interesaban esa clase de negocios, pero insistió. Al final se las compré, legalmente, claro.

—Le doy el doble de lo que usted pagó por ellas —dijo rápidamente Bradford.

—Y yo el tripe —añadió no menos rápidamente Richter.

—La verdad —Wade los miró con curiosidad a ambos—, no me parece interesante vender ocho buenas acciones por dieciséis o veinticuatro dólares, señores.

La estupefacción cundió en el grupo.

—¿Quiere decir que su tío le vendió esas acciones a… a un dólar cada una?

—En efecto. Ése fue el precio.

—Pe… pero… ¡pero si su valor nominal es de cinco mil dólares!

—Casi gritó Roger Kines—. ¡Cada una!

—Al parecer, tío Harold no sabía hacer negocios —reflexionó Wade—. Quizá yo sí sepa, pero, ciertamente no aquí y en estos momentos. Celebro haberles conocido, y les agradezco mucho la adhesión que han demostrado hacia mi tío, y su buena opinión de él. Muchas gracias. Señor Kines: ¿será tan amable de telefonearme al apartamento de mi tío, cuando tenga arreglado lo del entierro?

—Sí, sí… Descuide.

—Gracias de nuevo. Y hasta la vista.

—Tengo el coche afuera —se adelantó Elaine—. Con mucho gusto lo llevaré, señor Manning.

—Es usted muy amable —sonrió Wade, de un modo altamente afectuoso—, pero ya tengo coche y chófer.

—¿Cómo…?

—Me refiero a la señorita Driscoll y su coche. No es que la desprecie a usted, naturalmente. Pero puesto que la señorita Driscoll era la secretaria de mi tío; supongo que podrá contarme más cosas de él que usted.

—Sí… —Enrojeció Elaine—. Es de suponer, claro.

—¿Necesita usted que alguien le cuente cosas de su tío? —se sorprendió Bradford.

—De las personales, no, señor Bradford. Pero al parecer, he heredado la participación de mi tío en la Mauna Loa Dressing, ¿y quién mejor que su secretaria para ponerme al corriente de todo? Buenas tardes a todos. ¿Nos vamos, señorita Driscoll?

Cuando Sophie se dio cuenta, estaba caminando con Wade por el pasillo. Poco después estaban en el coche de ella, que lo miró como desorientada.

—¿Va usted a hacerse cargo del trabajo de su tío en la compañía, señor Manning?

Wade le dirigió una mirada llena de espanto.

—¡Desde luego que no, santo cielo! Pero el teniente Bellamy ha dicho cosas muy interesantes, y quizá conversando con usted pueda llegar a alguna conclusión.

—¡Ah…!

—No es que pretenda hacer ese trabajo mejor que la policía, naturalmente, pero ¿sabe usted, señorita Driscoll?, yo siempre estoy solo…, y la soledad enseña mucho a pensar. Siempre y cuando se

tenga algo sobre qué pensar, como es el caso.

—Sí, claro… Pero, señor Manning: ¿por qué está usted siempre solo?

—Supongo —murmuró Wade— que porque vale más estar solo que mal acompañado.

—Es verdad… —Abrió mucho los ojos Sophie—. Pero ahora que tiene tanto dinero, seguramente encontrará muchas personas con las que relacionarse.

—Unos cuantos miles de dólares no van a cambiar mi vida en lo más mínimo. Arreglaré las cosas aquí y volveré a Kalaupapa.

—Pero… ¿y sus negocios?

—Los negocios no me han interesado nunca. Por otra parte, los buenos negocios marchan solos. Y de los malos, ¿por qué ocuparnos?

Sophie Driscoll movió la cabeza, como desconcertada, o quizá admirada. Puso el coche en marcha.

—Al parecer —dijo, poco después—, piensa usted vender las acciones que le vendió su tío a un dólar.

—No lo sé. El señor Bradford y el señor Richter estaban muy interesados en comprarlas, ¿verdad?

—Es natural, teniendo en cuenta los próximos acontecimientos.

—¿Qué acontecimientos?

—Va a venir de París un representante de la casa Valdem. Es una importante casa de modas que tiene ya sucursal en Thaití, y ahora quiere extenderse hasta las Hawaii. Se pusieron en contacto con la Mauna Loa Dressing, y parece que se han entendido bien, Intercambiarán modelos, y se espera que eso produzca grandes beneficios tanto a la Valdem en París, como a la Mauna Loa en las Hawaii y en toda la costa oeste de Estados Unidos, donde también tenemos grandes ventas.

—Es decir, que la Mauna Loa va a tomar un gran auge.

—Sí. Por eso, todos quieren tener el mando de la compañía. El señor Richter y el señor Bradford hace tiempo que quieren comprarle las acciones a su tío, pero él se negaba siempre, sonriendo… Supongo que le hacía gracia que le quisieran comprar a muy buen precio, unas acciones que él había vendido a un dólar cada una.

—Tío Harold era un hombre ingenioso —sonrió Wade—. Bien,

no creo, de todos modos, que ocho acciones, que son las que yo tengo, tengan gran importancia.

—Por sí mismas, no, claro. Son ocho votos. Pero al ser fundada la compañía se hizo sobre la base de cien acciones, repartidas entre varios accionistas. El señor Bradford y el señor Richter fueron comprando las acciones a los demás, y ahora cada uno tiene cuarenta y seis: están empatados.

—O sea, que se emitieron cien acciones. Y ahora, el que consiga tener más de cincuenta será el que mandará en la Mauna Loa.

—Exacto. Por eso quieren comprarle a usted las suyas.

—¡Caramba…! Eso me pone en una situación muy favorable para especular, ¿verdad?

—Sin duda. Cada uno de los dos quiere ser quien dirija la compañía; hace tiempo que estaban insistiéndole a su tío, por separado. Ahora le insistirán a usted, téngalo por seguro.

Durante un par de minutos, permanecieron silenciosos. Por fin, Wade murmuró:

—¿Cree usted que alguien podía pensar que mi tío tenía las acciones en la caja fuerte de su despacho, en el apartamento?

Sophie volvió a mirarle con los ojos muy abiertos.

—Señor Manning —casi tartamudeó—: ¿qué está usted pensando?

—Nada… Nada, señorita Driscoll.

CAPÍTULO III

Wade Manning había sacado la llave del apartamento, del interior de su mugrienta bolsa de la U.
S. Navy,
y ahora, ambos en el despacho de Harold Manning, estaban contemplando, en silencio, la marca hecha en el suelo con tiza: la silueta del cadáver, tal como había sido hallado por Sophie Driscoll.

La caja fuerte continuaba abierta, y Wade se acercó y echó un vistazo dentro. En efecto, la policía debía haberse llevado todo su contenido; la caja estaba vacía.

Wade se sentó en el sillón giratorio, ante la mesa, y se quitó los lentes. Paseó la mirada por todo el despacho, lentamente. Luego se puso en pie y fue hacia la ventana, a la que asomó, a pesar de que sabía ya perfectamente que daba al patio interior del edificio. Salió del despacho, y Sophie le siguió, como fascinada…

Entró en la cocina, donde todo estaba limpio y en orden. También en el cuarto de baño. En el dormitorio, ya no era así. La cama estaba abierta y se notaba que no había sido hecha desde la última vez que fue ocupada. Es decir que, efectivamente, parecía que Harold Manning se había acostado ya cuando llegó la visita, fuese ésta la de un intruso o la de un conocido. Estaba acostado, se había levantado, y, bien fue a abrir si era un conocido que había llamado al timbre, o bien fue al despacho si oyó algo allí.

Las llaves de la caja fuerte… Sí, el teniente Bellamy podía tener razón…

—¿Qué estás usted buscando? —preguntó Sophie.

Wade la miró, y parpadeó. Se dio cuenta, de pronto, de que Sophie Driscoll era muy bonita… No con la belleza un tanto… explosiva de Elaine Chambers, desde luego, pero sí muy muy

bonita. Sus cabellos eran castaños, suavemente ondulados, y los ojos tenían un sorprendente tono entre dorado y castaño. La boca era rosada, llenita por el centro… Sí, menos llamativa que la de la señorita Chambers, pero quizá incluso más bonita, desde luego más dulce, y, positivamente, con mucha más clase. Una vez más, Harold Manning había demostrado tener buen gusto y buena vista para elegir a las personas…

—No lo sé… —dijo Wade, por fin—. ¿Sabe usted qué traje llevaba mi tío ayer?

—Sí… Sí, desde luego. Uno de color…

—Espere… —Wade abrió el armario—. ¿Cuál de éstos?

Sophie lo señaló, y Wade comenzó a buscar en los bolsillos. No tuvo que buscar mucho para encontrar una llave. Del bolsillo de su sucia chaqueta sacó la llave del apartamento, y la comparó con la encontrada en el traje de Harold Manning. Eran idénticas. Es decir, que allá tenía la llave de su tío.

—Pero… —empezó Sophie.

—Eso mismo: el asesino no salió por la puerta.

—¡Hay que decírselo al teniente Bellamy!

—Se lo diremos… más tarde.

Wade se acercó a la cómoda sobre la cual se veía la billetera de su tío, las llaves del coche, cigarrillos, un encendedor. Al parecer, por el momento, la policía había centrado su investigación en el despacho, donde se había cometido el crimen.

—¿No le parece absurdo? —preguntó Wade.

—¿El qué?

—Fíjese… Mi tío vació los bolsillos del traje que había llevado ayer, lo cual prueba que hoy pensaba ponerse otro traje. Sí, eso es… Llega, se desnuda, deja todas las cosas aquí encima, y cuelga cuidadosamente el traje. Lo absurdo es esto: ¿por qué saca de los bolsillos todo lo que lleva… menos la llave del apartamento?

—No sé…

Sophie salió del dormitorio en pos de Wade, que se colocó en el centro del *living*, y miró hacia la terraza, cuya doble puerta-ventana estaba cerrada. Fue allá, la abrió, y salió a la terraza. Ésta era amplia, larga, y daba sobre unos bonitos jardines de la parte de atrás del edificio, más tranquila que la parte delantera. Eso debía haber impulsado a Harold Manning a comprar aquel apartamento

en lugar de uno de la parte de delante, con vistas al mar. De la terraza a los jardincitos debía haber poco más de tres metros de altura. Había bancos, flores, columpios y demás juegos para niños, pintados de alegres colores, que se iban tiñendo del color rojo del sol del rápido ocaso hawaiano.

Ciertamente, era poco probable que a las diez o las doce de la noche hubiesen niños jugando allí. En realidad, Harold Manning ya debía haber calculado que cuando él llegaba a su apartamento, los niños ya estaban en sus casas. Silencio y paz.

Regresó al *living*, en cuyo centro estaba ahora Sophie, mirándole cada vez más atentamente. Wade había dejado sus lentes en la mesa del despacho, de modo que podía ver muy bien sus ojos grandes y grises. Sin lentes, cambiaba bastante. Parecía más joven, y, cosa bien extraña, más fuerte y menos flaco. ¡Tipo raro…! Lástima que fuese tan mugriento, porque…

—¿Le doy repugnancia?

Sophie se dio cuenta de que Wade Manning la estaba mirando fijamente, y que sonreía con gran amabilidad. Se sofocó tanto, que tuvo la impresión de que, en verdad, las mejillas se le llenaban de fuego.

—No… —tartamudeó—. No… no… No, no… No, no… ¡Oh, no!

—Entonces, la invito a cenar. Si es que tío Harold tenía algo en el frigorífico, claro. Ha sido usted tan amable dedicándose a mí, que hace ya rato que debe tener apetito. ¿Acepta?

—Sí… Sí, gracias.

—¿Acepta? ¿De veras? Caramba… ¿Y por qué?

—Porque usted me gusta, estoy bien a su lado.

Wade Manning quedó pasmado, pero, seguramente, no más que la propia Sophie ante sus palabras. ¿Las había pronunciado ella?

—¿Qué me dice? —exclamó Wade—. ¿Yo le gusto?

—He querido decir que… que es usted… una persona muy amable y educada…

—¡Ah! Dígame, señorita Driscoll: ¿qué clase de vida lleva usted?

—¿Yo? Pues la normal, supongo… Trabajo, como, duermo, voy al cine, a la playa… Leo, escucho música, alguna vez voy a alguna fiesta, bailo… Lo normal… ¿No…?

—¿Lo pasa realmente bien así?

Sophie quedó desconcertada unos segundos, antes de murmurar:

—¿Qué otras cosas se pueden hacer, si no?

—Interesante pregunta. ¿Alguna vez ha buscado usted la respuesta?

—Pues… me parece que no… No.

—Cuando tenga un ratito libre, búsquela. Bueno, vamos a ver qué tenemos en la cocina, ¿le parece? Aunque bien pensado, quizá sería una atención por mi parte afeitarme y adecentarme un poco, mientras usted prepara algo… Lo que sea. Yo como de todo y muy poco.

—Miraré lo que puede hacerse.

—Estupendo. Y mientras cenamos seguiremos charlando sobre mi tío, sus socios y la Mauna Loa Dressing.

—Sí, señor.

Wade Manning sonrió, movió la cabeza, y se fue en busca de su bolsa, con la cual entró en el cuarto de baño. Se enjabonó la cara, pensativo, y luego comenzó a pasar la navaja sobre la fina barba rubia… ¿Cuánto hacía que no se había afeitado? Por lo menos, tres o cuatro días… Se contempló al espejo, desnudo de cintura para arriba.

—Estoy flaco y sucio —se dijo—. Supongo que tendría que prestar más atención a estas cosas…

Sonó el teléfono en el *living*, y se disponía a salir para contestar cuando, entre uno y otro timbrazo, oyó el taconeo de Sophie, así que continuó afeitándose.

—¿Diga? —Oyó la voz de ella.

—¡Ah, hola, Roger…! Sí, está aquí, claro. Un momento.

Volvió a oír el taconeo, y se volvió hacia la puerta del cuarto de baño. Sophie apareció allí, parpadeó al verlo con media cara llena de jabón y el torso al aire, y musitó:

—Es Roger Kines; quiere hablar con usted.

—¡Ah!, el tesorero… Muchas gracias, señorita Driscoll… —Salió del baño, y contestó al teléfono—. ¿Señor Kines? Dígame.

—…

—Magnífico. Y muy rápido. ¿Cuándo será?

—…

—Me parece bien. Supongo que habrán terminado con la autopsia.

—¿…?

—Sí, sí, lo sé bien. Hace tiempo que no estoy por aquí, pero le aseguro que no me perdería por Honolulú. Lo encontraré, no se preocupe. Y, señor Kines, de nuevo muchas gracias por todo.

—…

—Es usted muy amable. Adiós, adiós… —Colgó y miró a Sophie—. El amable señor Kines ha arreglado lo del entierro para mañana a las diez de la mañana, siempre y cuando la policía haya terminado con la autopsia. El señor Kines, además de amable, es muy eficiente, ¿verdad?

—Sí lo es —asintió Sophie—. Una gran persona.

—Como todos los de la Mauna Loa —susurró Wade—. Bueno, acabaré de afeitarme.

Regresó al cuarto de baño, terminó de afeitarse, se lavó la cara y las manos, contempló éstas críticamente, pues las manchas de colores no marchaban tan fácilmente. Se peinó, se contempló críticamente…, y sonó el timbre de la puerta.

—Abriré yo, señorita Driscoll —alzó la voz.

—Está bien —oyó la respuesta desde la cocina.

Wade se puso la sucia camisa, y fue a abrir. Se quedó de una pieza, contemplando a Elaine Chambers, la secretaria de Arthur Richter, que le sonreía por encima de una gran bolsa, con el nombre de un supermercado impreso en grandes letras rojas.

—¡Hola…! —saludó ella alegremente—. ¿Puedo pasar…?

—Naturalmente, señorita Chambers… —Cerró la puerta cuando ella hubo entrado, y sonrió como cohibido—. Perdone mi aspecto, es que acabo de…

—¡Oh! Es un aspecto magnífico el suyo, señor Manning.

—¿De veras? Permítame… —Tomó la bolsa de manos de la bella rubia, y la dejó sobre un sillón—. Iré a ver si me las arreglo con alguna ropa de mi tío. Por favor, siéntese, póngase cómoda. En seguida estoy con usted para que me diga en qué puedo servirla.

—¿Servirme?

—Bueno, quiero decir que supongo que usted ha venido a decirme algo antes de ir a su casa, y no quiero entretenerla demasiado.

—Tengo toda la noche por delante —sonrió Elaine.

—¡Ah! —Wade miró la bolsa con comestibles—. Bueno, al verla cargada con…

—Pensé que sería buena idea que cenáramos juntos. Y se me ocurrió que podía comprar algunas cosas exquisitas… ¿Le gusta el champaña?

—Pues sí… —admitió Wade—. Mucho, la verdad. Pero…

—He traído una botella especial. ¿O he comprado dos? No lo recuerdo… Pero, sea una o sean dos, habrá que ponerlas a enfriar un poco. También he comprado…

—Señorita Chambers, debo decirle…

—¡Por favor…! Llámeme Elaine, eso es todo, Wade.

—¡Eeh…! Sí, está bien. ¡Oh, estupendo, claro! Pero, Elaine, yo quisiera decirle que, respecto a la cena…

—¿Rechaza mi compañía? —preguntó ella, muy mimosa.

Wade Manning miró el bello escote, las hermosas piernas, la boca roja y húmeda, los grandes ojos azules…

Una auténtica muñeca.

—Caramba, no es exactamente eso. Elaine. Pero…

—No hay peros que valgan —cortó ella, poniéndose en pie—. Me habría muerto del disgusto si me hubiese rechazado.

—Caramba, no creo que haya para tanto…

—Tú no te das cuenta —susurró ella, rodeándole el cuello con sus finos y frescos brazos, y acercando su boca a la de él—, pero eres un hombre… especial, Wade.

—¿De veras?

—Muy… de veras…

El susurro de Elaine Chambers terminó en la boca de Wade Manning, que se estremeció al notar los húmedos labios de la bella muñeca. La abrazó por la cintura, y ella emitió un gemidito, ahondando más en el beso, apretándose contra él dulcemente… Algo que debía ser un martillo comenzó a golpear en la cabeza de Wade, que se sentía envuelto en aquel perfume de Elaine, igual que si estuviese dentro de una estupenda burbuja.

Ella separó sus labios lentamente y sólo lo justo para susurrar:

—Desde el mismo momento en que te vi deseé hacer esto, Wade…

—Pues eres una chica admirable —dijo él.

—¿Sí? Elaine rió dulcemente —¿Por qué?

—Porque no todo el mundo tiene el valor de hacerlo que realmente desea.

—Yo sí —ella separó los bordes de la camisa de él, y deslizó las manos por los pectorales, hacia la espalda y se apretó de nuevo—. Tienes más músculos de lo que parece, Wade.

—Son los restos de los buenos tiempos —sonrió él.

—¿Los buenos tiempos?

—La Universidad. Fui un atleta bastante bueno, de veras.

—Te creo. Ven a sentarte conmigo… —Ella se separó, y tiró de una mano de él, hacia el sofá—. Y dime a qué te dedicas ahora, qué haces…

—¿Para qué quieres saberlo?

—¡Oh!, pues… Bueno —Elaine sonrió luminosamente— estaba pensando en escaparme contigo, así que me gustaría saber qué vamos a hacer.

—¿Quieres… escaparte conmigo?

—Es una manera de hablar —rió ella—. ¿Nunca te ha ocurrido que al ver a una persona, piensas que es algo especial, que ya no tienes que buscar más, ni esperar más?

—Pues ahora que lo dices…

Elaine Chambers dio un gritito de gozo.

—¿Te ha ocurrido también a ti eso conmigo? —exclamó.

—Tendría que reflexionar un poco.

—¡Oh, no es posible! ¡Esas cosas se sienten o no se sienten! ¡No se para uno a reflexionar, Wade!

—Quizá tengas razón —admitió él, amablemente—, pero tú también has querido saber cosas de mí, Elaine. Has dicho que te gustaría saber qué haríamos si nos… escapásemos juntos. Y yo pienso que cuando pasa eso que tú has dicho, no se hacen preguntas; simplemente, dos personas deciden unirse, y lo demás no importa.

—¡Pero si eso es exactamente lo que sentí al verte!

—¡Santo cielo…! Pero, Elaine, yo podría ser un desgraciado, un desharrapado inútil que…

—¡Te estás burlando de mí! —volvió a reír ella—. ¡Un desgraciado que puede reunir cuando quiera medio millón de dólares…! ¡Vamos, Wade!

—Bueno, parece que tienes razón —rió también Wade—. Pero, de verdad, soy un tipo raro: a pesar de tener todo ese dinero, pienso volver a Kalaupapa, en Molokai, y seguir viviendo allí como hasta

ahora… ¿Y quieres saber por qué?

—Sí, sí, sí… ¡Dímelo!

—Pues pienso que tengo cosas más importantes que hacer que estar en un sitio lleno de gente que no busca nada en realidad, excepto dinero. Y, asómbrate, querida: ¡ni siquiera saben cómo utilizar de modo en verdad provechoso y placentero ese dinero!

—Estás diciendo cosas que parecen asombrosas, pero que en realidad no lo son. —Elaine le dio un breve besito en los labios—. Aunque, la verdad, nunca había encontrado un hombre que despreciase el dinero. ¡Eso debió ser lo que comprendí de ti en cuanto te vi!

—¿Y eso es lo que te ha traído?

—Eso… y cierta… cosa especial que, tienes… No sé qué pueda ser, pero lo siento aquí dentro… ¡Wade, regala tu dinero y vámonos juntos a Kalaupapa!

—¿Harías eso por mí, Elaine?

—Sí… —Ella volvió a besarlo—. ¡Sí, sí, sí!

—Me parecería maravilloso… ¡Eres tan hermosa, querida! Pero sería una tontería desprendernos de medio millón de dólares. Del dinero, lo que no me gusta es que él me tenga a mí, ¿comprendes? En realidad, me gusta tener dinero. Y es conveniente tenerlo…, siempre y cuando no nos obligue a vivir como parece obligado vivir cuando se tiene dinero, sino que sepamos vivir como nosotros queremos vivir. ¿Te estoy confundiendo?

—No… No, Wade… Te entiendo.

—Eres maravillosa —murmuró él, acariciándole la garganta—. Una maravillosa flor que aparece de pronto…

—Esa ciase de flores —deslizó ella, quedamente—, siempre son mejores que las cultivadas, ¿no crees?

—Sí… ¡Eso es exactamente! Elaine, me comprendes muy bien, y… y no sé qué decir… Estoy asombrado, desconcertado… Ni siquiera podría explicar lo que siento.

Hace unos minutos estaba como solo en el mundo, pensando si valía la pena vivir… Y de pronto, apareces tú…

—Una flor silvestre —jadeó Elaine.

Volvió a abrazarse a él, y lo besó… Lo estuvo besando hasta que se quedó sin aliento. Luego, aspiró hondo, y lo miró con expresión radiante.

—Wade, ya sé lo que vamos a hacer.

—¿Qué vamos a hacer, mi amor? —La besó él en el cuello.

—Olvidemos tu dinero… ¡Vámonos a Kalaupapa, a vivir como tú quieres vivir, y olvidemos tu dinero, olvidémoslo todo! Dices que no te gusta Honolulú, así que…

—No he dicho exactamente eso —reflexionó él—. Si acaso, habré dicho que no me gusta vivir en Honolulú, porque la gente vive como está planeado, les guste o no vivir así. No son ellos los que toman decisiones, ni siquiera la más pequeña, sino el dinero que pueden manejar… Eso es lo que no me gusta. Pero Honolulú sí me gusta. Es una hermosa ciudad, bajo un hermoso cielo, junto a un hermoso mar… La ciudad me gusta.

—Pero si no te gusta la gente que vive aquí, ¡marchémonos! Vende el apartamento, todo lo que tengas aquí… Empezando por esas estúpidas acciones de la Mauna Loa Dressing. ¿Qué te parece?

—Es una idea excelente, mi amor.

—¡Sí que lo es! —exclamó Elaine—. ¡Oh! Precisamente, en cuanto a las acciones, podrías venderlas ahora mismo.

—¿A quién? —se sorprendió Wade.

—Pues… al señor Richter, por ejemplo. Me parece que tengo en mi bolso todavía aquel documento… Espera un momento.

—Los momentos que tú quieras, mi vida —sonrió Wade.

Elaine le dio un besito en la barbilla, recogió su bolso y sacó de él un sobre, con gesto expectante.

—Sí, aquí está… El documento y el cheque en blanco… En el documento también está en blanco el nombre del propietario de las acciones, porque el señor Richter me lo pidió así hace días…

—¿Hace días?

—¡Oh, sí! Bastantes… Pero lo demás está en regla. Consta la numeración de las acciones, ¿ves? —Le mostró el papel—. Sólo tienes que poner aquí tu nombre, de tu puño y letra, y firmar. ¡Y ya te habrás desprendido de las acciones!

—Sí, entiendo. Pero… ¿cuánto cobro por ellas?

—¡Oh!, el señor Richter me dio un cheque también en blanco.

—Entonces, puedo pedir mucho dinero, ¿verdad?

—¿Para qué? ¡Las compraste a dólar, mi amor! Puedes venderlas a cinco mil dólares, y ganas mucho dinero… Aquí está mi pluma… Firma, querido. Luego, yo relleno el cheque, y ya está.

—No sé… —vaciló Wade—. La verdad, no sé…

—¡Oh, vamos! —ella dejó todo aquello sobre el sofá, volvió a rodearle el cuello con sus bracitos de seda—. ¡Estamos rompiendo nuestras cadenas, mi amor!

—Sí… Me gusta eso que dices, querida…

—Firma. Vende esas tontas acciones… Y nos vamos los dos juntos, a tu mundo, a vivir como tú deseas, para siempre… Wade. Es lo que más deseo en la vida, y quisiera hacerlo ahora mismo, marcharme a un sitio diferente, a vivir de modo diferente, con un hombre diferente… ¡Dios mío!, eso es lo que sentí inmediatamente al verte, sí… Te vi, y sentí una cosa dulce en mi interior, como si fuese… más pequeña y más grande a la vez, como si me estuviese… proyectando hacia algo nuevo y maravilloso… —Elaine lo besó dulcemente en los labios, varias veces, gimiendo—: Wade, Wade, amor mío, no esperemos más, no esperemos nada… Te estoy suplicando tu amor, y te estoy ofreciendo el mío, para siempre, para siempre, para siempre, para siempre…

—Elaine…

—No vaciles más… No pierdes nada, y me ganas a mí. No te defraudaré nunca, seré siempre una flor para ti… Siempre fragante, siempre dispuesta a proporcionarte dicha… Me enseñarás a ser como tú quieres que sea, viviremos como tú quieres vivir, nos amaremos con tal intensidad, que la vida nos parecerá cada segundo más hermosa y el sol más radiante, y las estrellas más brillantes, y jamás podremos separarnos, jamás, pase lo que pase…

—Elaine, mi vida…

—¡Oh! ¿Cómo he podido vivir hasta ahora sin ti? —gimió Elaine Chambers; y lo volvió a besar, con desesperación—. ¡No puedo comprenderlo! Pero ahora sí, ahora comprendo que la vida no era nada, que no servía de nada… En realidad, siempre he estado sola, y sé ahora que nunca más volveré a estarlo. Te tendría a ti, tendré tus besos, tu amor… ¡Lejos de todos, Wade sin pensar nada más que en nosotros! Tú y yo, solos, con nuestro amor, que siento… siento cada vez más ardiente… Wade, Wade, Wade, mi amor, mi vida… ¡Firma, olvídalo todo! Piensa sólo en mí, en que siempre estaré en tus brazos dándote todo el calor de mi amor… Wade, ¿no quieres hacer esto por mí, no quieres venderlo todo, y marcharnos, para amamos… durante toda la eternidad…?

—Sí… —tartamudeó Wade Manning—. ¡Sí, Elaine, mi vida! Dame eso… ¡Dámelo, firmaré, y habremos terminado con todo!

Elaine le besó en la boca, en los ojos, en la barbilla. De pronto se apartó y sonrió angelicalmente.

—Firma ya, Wade… Terminemos, mi amor.

—Sí…

Wade Manning se inclinó hacia delante, atrajo la mesita baja hacia el sofá, colocó en ella el documento de venta y escribió precipitadamente en él. Luego, sonriendo lleno de dicha, le tendió la pluma a Elaine Chambers, que susurró:

—Te extenderé el cheque por cincuenta mil dólares… ¿Te parece bien?

—¿Qué más da, querida? ¡Lo que tú quieras!

Ella rellenó el cheque y se lo tendió. Wade lo cogió, lo miró con desprecio y lo tiró sobre la mesita.

—Está bien, querida. Sigamos ahora con nuestros…

—¡Oh! Será mejor que vaya a llevarle esto ahora mismo al señor Richter. Cuanto antes terminemos con todo, mejor, ¿no te parece? —Se puso en pie, cogiendo el documento—. Volveré en cuanto haya entregado… ¿Qué es esto?

—El qué —se sorprendió Wade.

Elaine contemplaba, con ojos desorbitados, el documento.

—¡Pero!, ¿qué has escrito aquí? —gritó.

—¿No está bien? —Se entristeció Manning.

Ella parpadeó, movió la cabeza… Pero, sí, sí, sí. Estaba viendo bien: y lo que veía no era el nombre de Wade Manning, ni su firma. En el lugar en blanco, donde debía haber puesto su nombre, ella leía Kammehameha I. Y en el lugar donde tenía que estar la firma de Wade Manning, ponía: Una Mau Ke Ea O Klan Aina I Ka Pomo[1].

—¡Claro que no está bien! —chilló agudamente Elaine.

—Pero, querida…, me has hecho sentirme como un rey, así que he firmado con nombre de rey. Y comprenderás que un rey debe tener siempre una hermosa frase que decir… ¿Es que no te gusta que la justicia reine sobre la tierra?

Elaine Chambers, que había palidecido, se sonrojó ahora intensamente, violentamente. Sus ojos echaban fuego.

—¡Eres un… un… un…!

—Un hombre maravilloso… —Alzó las cejas Wade—. ¿No…?

La elegante y distinguida señorita Chambers lanzó un insulto que casi hizo enrojecer a Manning, al mismo tiempo que le tiraba a la cara el papel firmado, hecho una bola. Fuera de sí, se dirigió hacia la puerta, pero se volvió vivamente, cogió el cheque, y lo hizo pedazos, con gestos rabiosos.

—¡Estaría bueno que encima lo cobrases, asqueroso! —vociferó.

—¿Te vas? —preguntó reposadamente Wade—. ¿Me abandonas, amor de mi vida?

Un portazo que seguramente hizo retemblar todo el edificio de apartamentos fue la respuesta, que no requería más aclaraciones, por supuesto. Wade Manning movió la cabeza, como sorprendido. Luego se puso en pie, sonriendo, y fue al dormitorio de su tío, donde encontró camisas limpias. Se puso una, regresó al *living*, y alzó las cejas, gratamente sorprendido al ver la bolsa llena de comestibles.

—¡Caramba! —sonrió.

Cargó con la bolsa, y se fue a la cocina. Sophie Driscoll estaba en el centro, como una estatua, todavía muy abiertos los ojos.

—¿Cómo va esa cena? —preguntó él.

Sophie no contestó. Se limitó a mirarlo, mientras Wade, se volvía hacia el brillante mármol negro, dejaba la bolsa allí, y sacaba una botella de champaña. Se volvió hacia Sophie, la miró extrañado por su silencio, y preguntó:

—¿Le apetece…? Podemos ponerla al fresco ahora mismo.

—No —susurró ella.

—Se lo agradezco, señorita Driscoll —dijo él, muy serio—. La verdad, es que no me parecería adecuado ponerme a beber champaña mientras tío Harold está… Bien, la dejaremos para otra ocasión…

—No habrá otra ocasión.

—¿Qué quiere decir? ¿Le ocurre algo?

—Los he visto a ustedes… Salí al oír la voz de Elaine, pero ustedes no me vieron a mí: se estaban besando.

—Ella me besaba a mí —aclaró Wade—. De todos modos, ¿qué le importa eso a usted?

—Estuve a punto de interrumpirles, pero me… me sentía tan violenta que… que… ¡Usted debió decirle que yo estaba aquí, en el

apartamento!

—¿Por qué? Nunca había escuchado el canto de una Sirena, y me pareció que no debía perder la oportunidad, oportunidad.

—¿El canto de una sirena? ¡Yo diría que ella ha hecho algo más que cantar!

—Para mí, ha sido sólo el canto de una sirena. Supongo que conoce usted la historia de Ulises, rey de Itaca, ¿verdad? Fue un tipo mitológico de lo más notable… En cierta ocasión, cuando en su largo regreso a casa, pasaba por delante de una isla, las sirenas que ocupaban la isla comenzaron a cantar… Era un canto dulce, dulce, dulcísimo… Tan tan dulce, que todos los navegantes que pasaban por allí, al oírlo, se aproximaban a la costa para contemplar a quien tan dulcísimo canto emitía. Y entonces de acuerdo con los propósitos de las sirenas los barcos se estrellaban contra los arrecifes. Terrible. Pero a Ulises le había advertido de este peligro su amante la bruja Circe, de modo que el gran Ulises tapó con cera los oídos de sus hombres y se hizo amarrar a uno de los palos de su barco. De este modo, pasaron por delante de la isla de las sirenas, y Ulises fue el único que oyó su canto… Efectivamente, era tan dulce, que quiso ir hacia la isla, y comenzó a gritar a sus hombres que lo soltasen, que pusiesen proa a la isla… Por fortuna, sus hombres no podían oír nada, así que el barco pasó de largo, bien a pesar de Ulises, que jamás había escuchado tan bello canto. Claro está que luego admitió que se había librado de buena, gracias a la bruja Circe… Pues bien: yo, en cuanto vi a la señorita Chambers en la puerta, comprendí a qué venía, pero me hice el tonto… Tan tonto como ellos deben creer que soy, cielo santo. Pero como no soy tonto, y además, usted ya me había explicado algunas cosas sobre el…

—¿Qué quiere usted decir? —gritó Sophie.

—¿Yo? Perdone, pero no entiendo…

—¿Está diciendo que yo soy una bruja y su amante, que le he advertido del peligro, como Circe a Ulises?

—Se… señorita Driscoll, por… por favor… us… usted ha interpretado mal mis pa… palabras… Santo cielo, ¡no! Yo sólo quería decir que… ¡Oh, vamos, usted no es mi amante, eso lo sabemos!

—¡Pero le parezco una bruja!, comparada con Elaine, ¿no…?

—¿Qué… qué… qué…?

—¡Que se vaya al demonio! —le gritó Sophie, tirándole a la cara el delantal.

Todavía estaba Wade Manning quitándose el delantal de la cara, corriendo hacia la puerta del apartamento, cuando ésta volvió a sonar en un trallazo impresionante. Wade estuvo a punto de rodar por encima de uno de los sillones, corrió a la puerta, la abrió y llamó:

—¡Señorita Driscoll!

Ella no contestó y él se lanzó en pos del repiqueteo de sus tacones. La alcanzó en el vestíbulo, y la tomó de un brazo.

—Por favor, señorita Driscoll, permita…

—¡Suélteme! —exigió ella, lanzándose hacia la oscuridad de la avenida.

—Pero le ruego…

«¡*Pack*», crujió algo, secamente, entre sus rostros, desplazando violentamente aire caliente… En el fondo del vestíbulo algo chocó contra la pared, arrastrando esquirlas, y emitiendo un sonido vibrante, que se repitió enseguida, y luego otra vez…, como un «boíng-boiiiinggg-boo-o-oooiiiingggg…!».

Se quedaron los dos inmóviles, con la boca abierta, mirándose, sin comprender todavía. Pero su incomprensión no duró más de un segundo, en realidad. Luego, lanzando una exclamación ahogada, Wade Manning se abalanzó hacia Sophie con tan grandiosa torpeza, que sus manos fueron a posarse con formidable precisión sobre los senos de la muchacha, empujándola…, y lanzando acto seguido un grito de dolor, mientras ambos caían al suelo…, y en el vestíbulo se oía un «¡boooín-boínnngggg…!» más breve que el anterior.

Wade cayó sobre Sophie, rebotó, y rodó, poniéndose inmediatamente de rodillas y mirando hacia la puerta del edificio con expresión tensa. Sophie vio entonces la mancha de sangre en su brazo izquierdo, cerca del hombro, y sus ojos se abrieron mucho una vez más. El se arrastró hasta el rincón del vestíbulo donde había caído ella, le puso una mano en un hombro, y la empujó contra el ángulo de las dos paredes.

—No se mueva… ¡Nos están disparando! ¡No se mueva!

La puerta de la vivienda del conserje se había abierto, y el hombre apareció, con cara de preguntar, mirando a todos lados…

—¡Vuelva adentro! —le gritó Wade—. ¡Y avise a la policía! ¡Nos están disparando con una pistola con silenciador, Buster!

El portero dio un respingo y desapareció tras la puerta que se cerró fuertemente.

—Quieta aquí… —susurró Wade—. Quizá decidan acercarse a ver qué nos ha pasado…

Se colocó en la pared de la entrada, de modo que si alguien aparecía allí, tendría que disparar hacia su izquierda…, si él le dejaba. Se preparó para saltar, para defenderse como pudiera, pero nada sucedió. Inmóvil, tenso, oía ahora los gritos del portero del edificio hablando por teléfono…

CAPÍTULO IV

El teniente Bellamy, que estaba contemplando pensativamente la llave que Wade Manning le había entregado, se volvió al oír las pisadas en la puerta del apartamento.

—¿Qué? —preguntó.

El detective Cracken adelantó la mano derecha extendida, con la palma hacia arriba; mostrando las dos balas que habían encontrado en el vestíbulo.

—No servirán de nada —dijo—; están demasiado aplastadas.

—Sí… No creo que en Balística puedan sacar nada en claro de ellas. En fin, guárdalas. ¿Alguien vio algo en la calle?

—No, señor. Los demás han preguntado, pero nadie sabe nada. Quienquiera que fuese el que disparó debía estar bien oculto, detrás de una palmera, o de algún coche Y por supuesto, debió disparar con silenciador.

Fue un ataque muy discreto, ¿verdad?

—Desde luego, nosotros no oímos ningún disparo —dijo Wade, al que Sophie estaba vendando la herida, afortunadamente sin importancia—. En cuanto a las balas, teniente, creo que deberían hacer un esfuerzo para tratar de compararlas con las que mataron a mi lío.

—Naturalmente que lo haremos, señor Manning; aunque ya ha visto usted cómo están… Bien, volvamos a lo de la llave. Según usted, su presencia en el bolsillo de la chaqueta de su tío indica que el asesino no salió por la puerta… ¿Por qué cree eso y por dónde le parece que salió el asesino, entonces?

—Por la terraza. No es imposible saltar desde ella al jardín de atrás; hay unos tres metros solamente.

—Con lo cual, tenemos que el asesino debía ser una persona

fuerte y ágil, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—Vamos a admitir eso. ¿Por dónde diría usted que entró el asesino? ¿También por la terraza?

—No: entró por la puerta.

—Explíqueme eso también, si es tan amable.

—Con gusto… ¡Oh, gracias, señorita Driscoll! —La miró amablemente—. ¿Se le ha pasado el enfado?

Sophie no tuvo tiempo de contestar, porque Bellamy se adelantó con una pregunta:

—¿Estaba enfadada la señorita Driscoll? ¿Por qué?

—Le dije que era la chica más bonita que había conocido en mi vida, y creyó que le estaba tomando el pelo.

—¿Sí? —sonrió el policía—. Pues a mí no me parece una tomadura de pelo decirle eso a una joven tan linda.

—¿Lo ve? —sonrió Wade a Sophie—. El teniente es de mi misma opinión. ¿Qué le parece ahora?

Sophie le miró enfurruñada, se sentó en un sillón y se quedó mirando al suelo.

—Bueno —sonrió de nuevo Bellamy—, ya seguirán discutiendo eso ustedes dos. Dígame por qué cree que el asesino entró por la puerta, señor Manning.

—Porque mi tío tenía la llave en el bolsillo del traje que ya había vaciado, pues al día siguiente, evidentemente, pensaba ponerse otro. Me explicaré… Mi tío llegó aquí, se desnudó después de vaciar los bolsillos, y se puso el batín. Luego, cenó; quizá estuvo leyendo un rato después de limpiar la cocina, o atendió algunas cosas en su despacho… Por fin, se acostó. Y quizá estaba durmiendo ya cuando llamaron a la puerta, desde luego a una hora en que el asesino sabía que nadie le vería entrar en el edificio. Mi tío salió de la cama, se puso el batín y fue a abrir. Puesto que conocía al asesino, y desde luego confiaba en él, le permitió pasar y fueron al despacho. Allá, no sé cómo ni por qué, el asesino convenció a mi tío para que abriese la caja fuerte. Entonces, le mató.

—¿Inmediatamente de abierta la caja fuerte?

—Sí. Creo eso porque mi tío tenía las llaves de la caja en el bolsillo del batín. Se las puso allí para sacar enseguida algo de la caja…, y ya no pudo hacer nada más.

—Pero su tío tenía los balazos en el pecho, no en la espalda, como parecería lógico.

—El asesino pudo hacer algo que le llamó la atención, o quizá mi tío se había vuelto para decirle algo.

—Aceptado. ¿Qué más?

—Bien… Una vez muerto mi tío, el asesino se acerca a la caja y examina su contenido. Lo que él busca no está allí, así que se lleva todo el dinero, el que hubiese…

—¿Qué cree usted que buscaba el asesino?

—Las acciones de la Mauna Loa Dressing.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo, señor Manning? —Eso es una acusación implícita hacia determinadas personas.

—Me doy cuenta de lo que estoy diciendo, aunque por el momento, no acuso a nadie de un modo determinado, teniente.

—Está bien. De acuerdo, el asesino buscaba esas acciones y al no encontrarlas deja todo lo demás, excepto el dinero. ¿Cree que le interesaba el dinero?

—No, señor. Como lo de la llave, es para despistar, para que todo parezca un simple robo, y que nadie relacione lo sucedido con las acciones. Por eso, cierra la puerta por dentro, y corre a dejar la llave en el bolsillo del traje que aquel día ha visto que llevaba mi tío. No se ha dado cuenta de que todas las demás cosas están sobre la cómoda, así que, simplemente, mete la llave en un bolsillo y salta por la terraza al jardín. Así, espera que cuando la llave sea encontrada pensemos que la puerta no fue abierta en ningún momento por mi tío, desde que llegó al apartamento. Y por lo tanto, sólo queda la terraza, por la que todos creeremos que entró y salió del apartamento. Eso lo convierte en un ladrón, en un desconocido para mi tío, que lo sorprendió robando y éste tuvo que disparar. Pero yo insisto en que entró por la puerta, o sea, que era alguien a quien mi tío conocía y con el que se relacionaba… hasta el punto de que sabía qué traje había llevado mi tío ayer. Por otra parte, el hecho de venir a esa hora estando mi tío en casa, prueba que estaba seguro de lo que hacía, de que sería recibido.

—Ya… ¿de modo que yo, al encontrar tarde o temprano esta llave, tendría que pensar que el asesino era un desconocido, no alguien a quien su tío había recibido?

—Sí, eso creo, teniente.

Bellamy se sentó en un extremo del sofá, y se quedó mirando la llave, en la palma de su mano. Durante un par de minutos, estuvo así, inmóvil, reflexionando… De pronto miró a Wade.

—Si alguna vez busca un empleo interesante, señor Manning, venga a verme al Departamento, ¿quiere? Tendré mucho gusto en recomendarlo para la Sección de Homicidios.

—¿Eso significa que acepta mi teoría?

—Por completo —asintió Bellamy—. Aunque por el momento, claro. Todavía podemos tener más sorpresas. Como, por ejemplo, ésta de que le hayan querido matar a usted. ¿También debido a las acciones?

—Supongo que sí. Aparte de eso, no se me ocurre ningún motivo por el que alguien quiera matarme.

El policía asintió, pensativo.

—Supongamos por un momento… Sí, supongamos que le hubiesen matado, señor Manning; ¿qué habría pasado con esas acciones?

—No lo sé. Las tengo en Kalaupapa, junto con unas revistas viejas… Quizá habrían ido a mi cabaña a llevárselas.

—¿Vive usted en una cabaña? —se sorprendió Bellamy.

—Más o menos.

—No es que pretenda meterme donde no me llaman, pero me imagino que su tío era un hombre generoso, por lo que he oído… ¿No era generoso con usted?

—Tío Harold me daba más dinero del que yo podía necesitar…, porque no necesito mucho. Vivo en una cabaña, porque me gusta.

—Caramba… Volvamos a las acciones. Y admitamos que alguien hubiese ido allí, y las roba. ¿Qué pasa luego? Con las acciones, quiero decir.

—No hubiese pasado nada —intervino Sophie—, porque quien las tuviese jamás habría podido servirse de ellas, ya que habría sido tanto como demostrar que las robó, y que había hecho todo lo demás.

—¿Está segura de que no las habría presentado?

—Sin un documento legal de compra de esas acciones, yo no me serviría de ellas, al menos —insistió Sophie—. Tanto el señor Richter, como el señor Bradford, que andan locos detrás de esas acciones, para tener el uno más que el otro, saben eso muy bien.

Cada uno de ellos tiene cuarenta y seis y, evidentemente, el que consiga las del señor Manning, tomará el mando de la Mauna Loa…, pero no creo que lo hicieran al precio de ponerse en evidencia como asesinos y ladrones.

—Entonces, señorita Driscoll, esas acciones…, ¿no servirían de nada?

—A ellos dos, no, porque seguirían empatados si no las presentaban o las acciones eran destruidas. Y serían acusados de asesinato y robo si las presentaban sin documento de compra.

—Entonces, tenemos que si alguien matase al señor Wade Manning antes de que éste hubiese vendido las acciones, éstas no servirían de nada.

—Supongo que se seguiría un proceso judicial para asignarlas a los demás accionistas de la Mauna Loa, en partes proporcionales. Y de nuevo el señor Bradford y el señor Richter quedarían empatados al recibir cuatro cada uno. Tendrían cincuenta acciones cada uno y todo seguiría igual, empatados.

—Supongo que en estas condiciones es absurdo querer matar al señor Manning, ¿no?

—Pues… seguramente.

—Puedo exponerle otra teoría al respecto —dijo Wade.

—La escucharé con gran placer, señor Manning.

—Bien… Imaginemos que el asesino vino aquí a obligar a tío Harold a venderle las acciones, amenazándole con la pistola. Tío Harold le dijo que ya no las tenía, que las había vendido. El asesino no le creyó, le hizo abrir la caja y sacarlo todo. Las acciones no estaban por supuesto. Pero el asesino estaba ya comprometido y, además, tenía pensado matar a tío Harold, de todos modos.

—Pero eso habría sido tanto como declararse culpable, si de todos modos le mataba y luego presentaba las acciones.

—No, porque podría haber obligado a mi tío a poner una fecha bastante anterior en el documento de venta. Todo quedaría en la incursión de un ladrón que se había visto sorprendido.

—Formidable —admitió Bellamy—. ¿De verdad no le interesa trabajar en la policía, señor Manning?

—Por ahora no —sonrió Wade—. Pero tendré en cuenta su ofrecimiento, muchas gracias.

—No se merecen. Y ahora, vamos a solucionar el pequeño

problema de esta noche. Señorita Driscoll, ¿dónde vive usted? ¿En un apartamento?

—No… Tengo un *bungalow* en Kupikipikio Point: 18, Akulikuli Terrace. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno… Me gustaría que alojase usted al señor Manning por esta noche. Verá, nosotros vamos a pedirle al señor Manning que sea tan amable de desalojar el apartamento, ya que queremos revisarlo de nuevo y *completamente*. De modo especial, la terraza. ¿Le parece bien, señor Manning?

—Sí. Pero yo podría ir a un hotel y la señ…

—No. Un hotel es muy difícil de vigilar.

—¿Qué dice?

—No quisiera que volviesen a atentar contra usted y que esta vez tuviesen éxito. Me resulta simpático, señor Manning… Así que preferiría que pasase la noche en el *bungalow* de la señorita Driscoll. Dos de mis hombres podrán vigilar durante toda la noche, lo cual no sería tan fácil si usted se alojase en un hotel. ¿Estamos de acuerdo?

—Bien… No sé… ¡Caramba, eso debería decirlo la señorita Driscoll! ¿No?

—Estoy seguro de que también le resulta usted simpático a la señoría Driscoll —sonrió el policía—. ¿No es así, señorita?

—Sí —murmuró ella—. Sí, sí…

—¿Lo ve? —Amplió su sonrisa Bellamy—. Pueden irse en cuanto lo deseen; dos de mis hombres irán en otro coche detrás de ustedes, y se quedarán por allí.

—A mí me parece todo esto un poco exagerando —dijo Wade.

—Pues a mí no —zanjó la cuestión el teniente Bellamy.

CAPÍTULO V

—Es un *bungalow* precioso —dijo Wade, mirando a todos lados—. Muy limpio, confortable, elegante, ordenado…

—Tiene un defecto —murmuró Sophie—; sólo hay una habitación, señor Manning.

—Es lógico, en una cabañita tan pequeña y coquetona como ésta. Y además, está usted delante mismo del mar… ¡Estupendo! En cuanto a mi, dormiré en el sofá, o con una manta en el suelo. Y no se preocupe, estaré muy cómodo.

Dejó su bolsa de la U. S. Navy junto al sofá, se sentó en éste y lo probó. Sonrió, mirando a Sophie, que le contemplaba vacilante.

—Me gustaría ofrecerle algo mejor, señor Manning.

—¿Mejor que haber olvidado su enfado para ayudar a la policía a proteger mi vida? —Se pasmó Wade—. Y a todo esto, ahora que pienso, ¡no hemos cenado!

—Prepararé algo en la cocina.

—Bueno —sonrió Wade—, pero si oye la voz de alguna sirena, ya sabe que no debe enfadarse conmigo.

—Lo siento —murmuró ella—. Creo que estuve un poco… estúpida e inconsecuente.

—Sí, es verdad.

Sophie se quedó atónita al escuchar esto. Pero al mismo tiempo, comprendía que Wade Manning, simplemente, estaba asintiendo a una verdad que ella misma había dicho. Y de pronto, Sophie Driscoll sonrió.

—Dios bendito… ¡Cómo se burló usted de Elaine! —exclamó.

—Si yo hubiese sido un tipo guapo, quizá me habría engañado —sonrió también Wade—. Pero, precisamente, acababa de afeitarme, o sea, que me había visto al espejo. Y me dije: Wade,

muchacho, cuidado con los cantos de sirena, porque eres feo, querido.

—¡Oh, no! —dijo impulsivamente Sophie—. ¡Usted no es feo!

—Gracias. Usted tampoco, de veras. En realidad, es la chica más bonita que he conocido en mi vida.

—El teniente Bellamy no está aquí —murmuró Sophie—. Así que no tiene por qué seguir con esa mentira.

—Señorita Driscoll, yo jamás miento a la policía.

—¡Oh! Bueno, pues…, pues gracias… ¡Pero sí que miente usted a la policía! En lugar de decirle eso, debió decirle lo que había pasado, lo de la visita de Elaine…

—Me parece que el teniente Bellamy ya tiene demasiado trabajo para complicarle más la vida. Además, ¿qué pueden decirle a una chica bonita por besar a un hombre y querer comprarle unas acciones?

—¡La debió enviar Arthur Richter!

—Naturalmente. Dígame una cosa, ¿siguen habiendo tiendas bien surtidas en el Ala Moana Shopping Center?

—Sí, sí… ¿Por qué?

—Iré temprano a comprarme un traje —susurró Wade—, y una camisa, corbata, calcetines… Todo eso. No quisiera que tío Harold se avergonzase de mí en nuestra despedida… definitiva.

* * *

Naturalmente, Harold Wade ya no podía avergonzarse de nada. Pero, si hubiera podido sentir algo, no habría sido vergüenza por el aspecto de su sobrino, aquella soleada mañana. Al principio, cuando apareció en la funeraria, nadie lo reconoció, con su traje oscuro, impecable, negra corbata, zapatos modernos, bien afeitado… Incluso se había recortado un poco el cabello.

Desde la funeraria, fueron al Nuuanu Cementery, anexo al Oahu Cementery, separados tan sólo por Nuuanu Avenue. De vez en cuando, el rumor del tráfico llegaba hasta allí, pero la voz del reverendo Carter seguía oyéndose con claridad, en la despedida de Harold Morris Manning.

—… Un hombre que jamás hizo daño a nadie haya perecido víctima de…

Estaban todos allí: Arthur Richter y su secretaria-bombón;

Robert Bradford, también con su secretaria, y con otra muchacha que le daba cien vueltas a la secretaria y a Elaine Chambers juntas, una preciosidad de cabellos rojos, ojos verdes, cuerpo magnífico, rayano en lo increíble… y que se parecía un poco a Bradford. Estaba también Roger Kines, naturalmente. Y por supuesto, Sophie, junto a Wade, pues la había tomado de una mano y atraído hacia allí. También estaba el teniente Bellamy, un par de policías más y, ya en gran masa, todos los empleados de la Mauna Loa Dressing.

—… acojas junto a Ti a Harold Morris Manning. Amén.

—Amén —se oyó el murmullo.

El reverendo Carter alzó la cabeza y su mirada expresó el regreso a la triste realidad que le rodeaba. Se acercó a Wade y le tendió la mano.

—Adiós, señor Manning. Resignación.

—Gracias. Adiós, reverendo.

Los empleados de la Mauna Loa comenzaron a desfilar hacia la salida del cementerio, mientras los dos policías que acompañaban a Bellamy miraban a todos lados, vigilantes. Elaine Chambers, que había estado mirando estupefacta a Wade, se alejó, mohína, pero su jefe directo, Arthur Richter, se acercó, adelantándose a todos.

—Señor Manning —susurró—, me temo que ayer se cometió un error que… Bien, lo siento de veras.

—No se preocupe, señor Richter.

—Es usted muy considerado. Gracias. Pero, aunque quizá no sea éste el momento adecuado, quisiera insistir sobre…

—Como usted dice, éste no es el momento adecuado. —Wade le tendió la mano—. Adiós, y gracias por venir.

Richter titubeó, pero era un hombre inteligente y comprendió que no iba a ganar nada insistiendo, así que aceptó la despedida, y se fue en pos de su secretaria. Cuando Wade dejó de mirarlo, vio a Roger Kines a su lado, y le sonrió agradecido…

—¡Ah, señor Kines! No sé cómo agradecerle…

—¡Bah…! El viejo Harold era una persona estupenda, así que había que despedirlo adecuadamente. De veras, Manning, no tiene que agradecerme nada.

—Es usted muy amable.

—Tonterías. Bien, la vida sigue, tengo que regresar a la compañía… Pero si en algo pudiese ayudarle, no dude en llamarme.

—De nuevo gracias.

—Adiós, Manning.

—Adiós, adiós…

Roger Kines se cruzó con Robert Bradford, que se acercaba flanqueado por su bella secretaria y por la superbombón de cabellos rojos, la cual contemplaba a Wade con expresión simpáticamente amable.

—Wade, permítame presentarle a mi secretaria, la señorita Trigg, y a mi hija Velda.

Manning murmuró unas frases corteses, estrechando la mano a las dos bellezas.

—Perdone que no llegáramos a la funeraria a tiempo de las presentaciones —se disculpó Velda Bradford—, pero precisamente cuando íbamos a salir…

—Por favor, señorita Bradford, no tiene por qué darme ninguna disculpa o explicación. Estoy muy agradecido a todos los que han venido, y creo que los pequeños detalles no tienen importancia.

—Se lo agradezco —sonrió Velda—. Papá me ha dicho que la policía ha vuelto a ocupar el apartamento, y se me ha ocurrido que podría usted venir a casa, si lo desea.

—¿A casa de usted? ¿Para qué?

—Para nada especial —se sorprendió Velda Bradford—. Es evidente que usted deberá permanecer unos cuantos días en Honolulú, para arreglar sus asuntos legales y me ha parecido que debíamos ofrecerle nuestra casa. Su tío nos visitaba con frecuencia… Supongo que no ignora usted que todos le apreciábamos mucho.

—Estoy comprendiendo que así era, en efecto. Y le agradezco mucho su invitación, porque estoy molestando a la señorita Driscoll ocupando…

—A mí no me molesta —dijo, un tanto abruptamente, Sophie.

—Quiero decir que su *bungalow*, con una sola habitación, no se presta a tener invitados —aclaró Wade—. En cambio, estoy seguro que en la casa de los señores Bradford deben tener habitaciones desocupadas.

—Desde luego que sí —asintió Robert Bradford—. Y debo decir que mi hija ha tenido una buena idea. Venga allá cuando guste, muchacho. Será bien recibido en cualquier momento.

—Yo vuelvo a casa ahora —dijo Velda—. Lo llevaré con mucho gusto, señor Manning.

—Bien… Estoy abrumado con tantas amabilidades por parte de todos. Es reconfortable, de verdad. Pero será mejor que vaya más tarde a casa de ustedes… He comprado algunas cosas y aún me quedan más por comprar, porque… —sonrió—. Bueno, ya vieron ustedes cómo llegué, como un harapiento. Quizá tío Harold tenía razón: trabajo demasiado y debo pensar un poco en lo que me rodea. Y eso voy a hacer. ¿Le importa que vaya más tarde, señorita Bradford?

—Claro que no. A su gusto. Hasta luego, entonces.

—Hasta luego.

—Haz el favor de conducir con cuidado ese maldito coche deportivo —refunfuñó Bradford—. He venido desde casa aquí con los pelos de punta conduciendo detrás tuyo.

—No deberías correr tanto con tu coche —rió ella—. Pero el mío, papá, se ha hecho para correr. Adiós.

—¿Qué le parece? —volvió a refunfuñar Bradford, mientras su hija se alejaba—. Parece que desprecien la vida. Se ponen ante un volante y se vuelven locos. Bien, Wade, ya nos veremos en casa. En cuanto a usted, Sophie, quizá convendría que viniese conmigo a la compañía, para estudiar su nuevo puesto de trabajo. ¿Qué le gustaría?

—No sé —murmuró Sophie—. La verdad, no había pensado en ello, señor Bradford.

—Encontraremos algo digno de usted, por supuesto. Una solución seria…

La voz del teniente Bellamy sonó detrás de Bradford:

—Perdone, señor Bradford… Me gustaría que la señorita Driscoll viniese conmigo al Departamento, si es posible. No creo que pierda mucho tiempo.

—Ningún inconveniente —aceptó Bradford—. Pero ¿qué es lo que pasa?

—Nada. Sólo quiero que ella vea lo que encontramos en la caja fuerte del señor Manning, por si encuentra a faltar algo relacionándolo con lo que haya en el despacho del señor Manning en la Mauna Loa Dressing.

—¿Aún insiste usted en eso? —preguntó Wade.

—Así es, señor Manning.

—Bueno… Había pensado que la señorita Driscoll fuese mi chófer unas horas más; tengo cosas que hacer, cosas que comprar. ¿Puedo ir yo también al Departamento y luego marcharnos los dos?

—Naturalmente que sí. Mejor dicho, me parece estupendo, porque así también usted podría mirar lo que había en la caja. Iremos detrás de ustedes.

—¿Y por qué no delante, para guiarnos?

—Estoy seguro que la señorita Driscoll conoce perfectamente el camino hasta el Departamento de Policía. Hasta ahora.

Robert Bradford y su secretaria se despidieron también, alejándose hacia donde habían dejado el coche. Bellamy y sus hombres iban delante, dispuestos a ocupar el suyo… Así que, ante la tumba, solamente quedaron Wade y Sophie.

Wade Manning estuvo mirando la tumba durante algunos segundos, fijamente. Bien: allá quedaba su querido tío Harold. ¿Lo había matado un vulgar ladrón, o la culpa era de aquellas malditas acciones? Fuera como fuese, allí quedaba, para siempre. Y no había nada que hacer, nada. Lo único, despedirse.

Así que, un instante antes de tomar por el brazo a Sophie Driscoll, Wade Manning movió una mano y musitó:

—*Aloha*[2].

Caminaron en silencio, hasta el coche, y Sophie se sentó ante el volante. Wade miró hacia atrás y vio el coche donde esperaban los tres policías. De pronto, frunció el ceño.

—Me parece que mi comportamiento es brutal con usted, señorita Driscoll.

—¿Por qué dice esto? —se sorprendió Sophie.

—Si verdaderamente quieren matarme, debería alejarla de mi lado; podrían herirla a usted. ¿No se le había ocurrido?

Sophie puso el coche en marcha, y dijo:

—Sí. Se me había ocurrido, señor Manning.

—Pues a mí no. Según parece, no soy tan listo como el teniente Bellamy quiere hacerme creer. Mire, lo mejor que podemos hacer es separarnos ahora mismo. Pare el coche, me apearé y viajaré con el teniente.

—¡Oh, ahora ya está aquí! Seguiremos.

—No sea tozuda —sonrió Wade—. Si realmente desea…

Acababan de salir del cementerio, por Kekau Place, y, mientras hablaba, Wade Manning miraba, sin ningún interés, el coche que llegaba lentamente, procedente de Greechten Street, paralela al cementerio. El coche se acercaba despacio a ellos, pero enseguida aumentó la velocidad, como saltando, y se dirigió hacia el de Sophie como un bólido. Y al mismo tiempo, la pequeña imagen de un hombre asomado a la ventanilla derecha, con una pistola en la mano, pareció agigantarse a los ojos de Wade.

Sophie había lanzado una exclamación, al ver aquel coche que parecía converger hacia el suyo, y metió el pie en el freno, con seco golpe, haciendo oscilar el vehículo sobre los amortiguadores.

—¡No! —gritó Wade—. ¡No pare, no frene…!

En un instante lo había comprendido todo, lo había intuido, y más tarde se preguntaría cómo pudo saber lo que querían hacer los dos hombres que iban en el coche… Lo que hicieron, en realidad. En cuanto el coche de Sophie quedó detenido, el otro coche, tras provocar ese frenazo, disminuyó también la marcha, con agudo chirrido de neumáticos, y se colocó de lado, de tal modo, que el sujeto que empuñaba la pistola pasaría prácticamente rozando el coche de Sophie. Sí, eso querían: que el coche se detuviese, pasar lentamente por su lado y disparar a placer…

Y justo en el instante en que el hombre de la ventanilla apretaba el gatillo, Wade Manning pasaba su brazo izquierdo por la nuca de Sophie, y la atraía hacia él, echándose hacia la derecha, de tal modo que desaparecieron de la línea visual de la ventanilla.

Por encima de ellos chascaron, con seco trallazo, tres balas, entrando por una ventanilla y saliendo por la otra… ¡*Pack*, *pack*, *pack*!, perforaron el aire las balas salidas silenciosamente de la pistola del asesino. La cuarta bala reventó el cristal de la ventanilla izquierda de atrás, que estaba subido, y la quinta, ya disparada desde atrás, hizo añicos el cristal zaguero…, mientras el coche de los asesinos saltaba de nuevo para emprender velocísima fuga y, del cementerio, salía el coche del teniente Bellamy, que se desconcertó un instante, dio un grito, palideció…

—¡Para! —gritó fuertemente, salió del coche como disparado y volvió a gritar—: ¡Que no escapen!

El coche de la policía partió en pos del otro, mientras Bellamy corría hacia el de Sophie, lívido como un muerto al no ver por las

ventanillas ni a Wade ni a Sophie. Había sido todo tan rápido que Bellamy estaba como alucinado.

Abrió la portezuela del lado del volante, vio a Sophie echada hacia su derecha, sobre Wade, echado hacia la portezuela de su lado... Los dos le miraban con ojos desorbitados, especialmente Sophie, cuya palidez no tenía nada que envidiar a la de Bellamy.

—¿Están bien? —gritó éste.

Wade empujó a Sophie, ayudándola a sentarse normalmente ante el volante.

—Sí —consiguió decir—. Estamos bien los dos, hemos...

Sophie Driscoll apoyó los brazos en el volante, la cabeza sobre los brazos, y estalló en sollozos. Bellamy abrió la boca, vaciló y, de pronto, dio la vuelta y se marchó en la dirección que habían tomado los dos coches: perseguido y perseguidor. Wade le pasó un brazo por los hombros.

—Bueno, bueno —murmuró—. Ya ha pasado, Sophie... Serénate. Si quieres llorar, llora, pero no te pongas histérica. Vamos, Sophie —la atrajo hacia el pecho—. Ya está bien.

Ella se volvió hacia él, se abrazó a su pecho, y apoyó el rostro allí, sin dejar de llorar, silenciosamente, ahora.

Cuando Bellamy regresó, con cara agria, Sophie Driscoll continuaba abrazada a Wade, llena la cara de lágrimas vertidas, pero al parecer ya calmada. Se separó de Wade al ver a Bellamy, que gruñó:

—Se han escapado... ¡Malditos sean, por poco matan a mis hombres!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Wade.

—Les dispararon a las ruedas, acertaron una y el coche se incrustó en uno que estaba estacionado... ¡Pero tenemos esa matrícula, y le juro que los vamos a encontrar!

—¿Qué matrícula es?

—De Hawaii, naturalmente: 8816. ¿Qué demonios le importa eso a usted? Bueno, ¿están bien de verdad?

—Sí.

Bellamy se pasó una mano por la cara y suspiró.

—Está bien —dijo sosegadamente—. Será mejor que pasen al asiento de atrás. Yo conduciré y recogeremos a mis hombres, que están llamando por la radio, informando sobre esa matrícula...

¡Vaya si los cazaremos!

¡Ojalá tuviera tan seguro un millón de dólares! ¿Pudieron verlos bien, señor Manning?

—Sí. Yo sí. ¿Y tú? ¿Y tú, Sophie?

—No…, no. No, no… Sólo vi la…, la pistola…

—Bueno —dijo Bellamy—, con uno solo será suficiente para identificarlos.

—¿Quiere decir que me pondrá delante de uno de esos librotes llenos de fotografías, como los que aparecen en las películas?

—Exactamente eso quiero decir —asintió el policía, sentándose ante el volante.

CAPÍTULO VI

Debían ser las cuatro de la tarde cuando Wade Manning se irguió en la silla, suspiró y se llevó las manos a la espalda, a la altura de los riñones.

—¿Está cansado? —preguntó Bellamy.

—¿Cansado? ¡Estoy molido, teniente! Por favor, ¡no me diga que quedan más librotes como éste para examinar!

Bellamy cerró el último libro que había estado mirando Wade y sonrió.

—Pues lo siento, pero todavía quedan algunos.

—Bueno —se resignó Wade—. Usted va a conseguir lo que no, han conseguido, en dos intentos, estos sujetos. Me va a matar, teniente… ¿Ha telefoneado Sophie?

—No. Sigue allí, en la Mauna Loa, trabajando en el despacho de su tío, relacionando los documentos que hay allí con los que él tenía en su apartamento.

—Yo insisto en que es perder el tiempo, que no faltará nada, ya que lo que quería el asesino, de la caja, eran las acciones. Pero, al menos, todos trabajamos. Oiga, ¿qué tal si me voy a dar una vuelta?

—¿Usted solo? —Se sobresaltó Bellamy.

—Quiero dar un paseo, despejarme… Empieza a dolerme la cabeza. Volveré dentro de una hora, para seguir con esto. Demonios —refunfuñó al ver que Bellamy vacilaba—. No creerá que estos tipos me están esperando delante del Departamento de Policía, ¿verdad?

—Supongo que no —sonrió Bellamy—. De acuerdo, señor Manning, vaya a tomar un café por ahí. Le espero dentro de una hora.

—Vale. —Wade se puso en pie, volvió a tocarse los riñones y

soltó un bufido—. Vaya, no me iría mal un buen masaje… Hasta luego.

Salió del Pólice Departament, con las manos en los bolsillos, y se alejó, lentamente, en grato paseo…, hasta que hubo doblado la primera esquina. Entonces, buscó un taxi, lo llamó, y se metió dentro rápidamente.

—Lléveme a Aina Haina. Exactamente, a Keakealani Street.

—*Okay*.

Fue un viaje bastante cómodo y rápido, por Lunalilo Freeway y la carretera 72, hasta llegar al cruce con West Hind Drive, cerca de la pequeña Wailupe Península. Todavía no eran las cuatro y media cuando Wade pagaba el taxi y se apeaba, en el cruce de Keakealani y Kiholo.

Caminó Keakealani adelante, mirando la numeración de las casas, todas ellas de poca altura. Dos pisos, tres en ocasiones… Detuvo su marcha delante de una de ellas, miró a todos lados, y entró en el portal. A la izquierda estaban los buzones para la correspondencia. Se acercó a ellos, y enseguida encontró el nombre: Jerry Hackard, apartamento
2-B.

Subió al segundo piso y llamó a la puerta señalada con la letra B. A los pocos segundos oyó la voz de un hombre, un tanto tensa, expectante:

—¿Quién es?

—Un mensajero, señor…

La puerta se abrió cosa de un palmo, y apareció el rostro de Jerry Hackard, con expresión perpleja…, que en el acto trocó por una de alarma, mientras respingaba… La puerta salió empujada fuertemente por Wade Manning, golpeándole de lleno en la cara y derribándole. Se revolvió a toda prisa en el suelo, metió la mano en un bolsillo del pantalón…

—¡Quieto o le dejo seco! —advirtió Wade.

Hackard quedó inmóvil. Su mirada fue hacia el bulto que la mano derecha del visitante formaba en el bolsillo de aquel lado de la chaqueta, con algo puntiagudo que le apuntaba él.

—¿Con quién creían que estaban tratando? —masculló Wade—. ¿Con un desgraciado? ¡Pues mueva una pestaña y verá cómo se la rizo, amigo! ¿Está claro? Muy bien. Ahora, saque la mano del

bolsillo, alce los brazos, y póngase cara a la pared, usted ya sabe cómo, ¿eh? ¡Apóyese en la pared con las manos y ponga los pies bien atrás! ¿Me explico?

Jerry Hackard obedeció, de modo que quedó en una postura incómoda, como apuntalando la pared. Wade se acercó por detrás, le puso el dedo índice en la espalda, le quitó la pistola del bolsillo, retrocedió dos pasos y resopló.

—¡Caray…! ¡Qué mal rato he pasado! ¿De verdad creyó usted que tenía una pistola?

El otro volvió la cabeza, comprendió, palideció de rabia y pareció dispuesto a moverse, pero Wade le mostró su propia pistola.

—Cuidado —advirtió—. Ahora sí tengo una pistola. ¿Dónde está su compañero?

—No lo sé.

—Está bien, nos ocuparemos de eso más adelante. Por ahora, con usted tendré suficiente; pasamos al objeto de mi visita. ¿Por qué mataron a mi tío?

Hackard volvió de nuevo la cabeza, mirando a Wade como si estuviera loco.

—¿A quién? —masculló.

—A mi tío: Harold Morris Manning. La persona a la salida de cuyo entierro me estaban esperando para matarme, también.

Jerry Hackard abrió aún más los ojos.

—¡Usted está loco! —expuso verbalmente su opinión sobre Wade—. ¡Qué demonios de tío ni de usted…!

—¿No mataron ustedes a mi tío?

—¡Claro que no! ¡Ni siquiera sé de quién me está hablando!

—¿No? Vaya… ¿También va a negar que querían matarme a mí?

—Usted es un idiota —refunfuñó Hackard.

Wade Manning parpadeó. ¿Un idiota? Durante unos segundos se dedicó a reflexionar, sin perder de vista a Hackard. Ciertamente, le constaba que él no era ningún idiota, pero… si Hackard decía aquello, por algo sería…

—Mire, señor Hackard —musitó—, yo he podido denunciarlo a usted a la policía en cuanto he visto en uno de sus librotes, en tres fotografías. Pero me he callado, he tomado buena nota de la última dirección conocida de usted, y he tenido la suerte de encontrarle aquí… Suerte para mí y suerte para usted…, si llegamos a un

acuerdo.

—¿Qué acuerdo?

—Mi intención era hablar con usted y su compañero antes de que la policía fuese a buscarlos, porque quería estar seguro de que iba a enterarme de sus motivos. En mi opinión, usted y el otro son unos sujetos de cuidado, y a lo peor, cuando la policía hubiera venido a buscarlos habría recibido unos cuantos tiros, y creo que ustedes hubiesen recibido la peor parte. Quizá los habrían matado, y yo me habría quedado sin saber la verdad. Y la verdad es lo que quiero. Dígame dónde puedo encontrar a su compañero, y si él me dice lo mismo que usted va a decirme ahora, es posible que yo los olvide a los dos. ¿Me comprende?

—No —refunfuñó Hackard—. En esta maldita postura no oigo bien.

—Bueno —sonrió Wade—. Póngase más cómodo y dígame dónde está su compañero y cómo se llama. El no estaba en el libro.

—Se llama Bert Murchison y vive en una pensión, en Wilhelmina Rise, en el 41 de Mikahala Way. ¿Piensa usted ir a verlo?

—Ésa es mi intención, si no ha escapado ya.

—No creo. Estábamos los dos esperando la noche para marcharnos hacia Hawaii y allá tomar un avión, pues suponemos que la policía tomó la matrícula de nuestro coche.

—Desde luego que sí. Y ahora, cuénteme su historia, la verdad, señor Hackard, por favor. Le advierto que si insiste en decir que no querían matarme a mí, no le creeré tampoco el resto de la historia. Empiece.

—Bueno —vaciló Hackard—, la verdad es que alguien nos pagó para que hiciéramos el trabajo.

—¿Quién?

—Pues… Escuche, nosotros somos unos profesionales, no sé si usted entiende, señor, señor…

—Manning —alzó las cejas Wade—. Wade Manning, claro. ¿Ni siquiera se molestaron en saber el nombre de su víctima?

—¿Se refiere a usted mismo?

—Claro.

Jerry Hackard movió la cabeza y señaló uno de los sillones.

—¿Puedo sentarme?

—Desde luego.

Hackard comenzó a caminar hacia el sillón con gesto derrotado, con la actitud de quien acepta resignadamente la situación desfavorable. Pero, cuando estaba pasando a menos de metro y medio de Wade, desvió su marcha de modo fulminante, lanzándose de cabeza contra él, con tal rapidez y acierto, que golpeó con ella a Wade en pleno estómago, derribándolo violentamente dos o tres metros más allá, mientras la pistola saltaba por el aire, lejos de ambos. Wade se colocó inmediatamente de rodillas, demudado, y contempló a Hackard mientras éste, recuperado da el equilibrio y a dos pasos de él, le contemplaba con sardónica sonrisa… y sacaba una navaja de muelles, cuya hoja apareció con un chasquido.

—Se lo he dicho —deslizó Hackard—: usted es un idiota, amigo. Debió avisar a la policía.

Wade Manning se estaba llamando a sí mismo, no solamente idiota, sino cosas mucho peores en cuanto a su capacidad mental. Demasiado tarde, comprendió que Hackard le había estado confiando con la esperanza de tener una oportunidad ante un enemigo como él… Y la oportunidad había llegado, por supuesto.

Le vio caminar, navaja por delante, ceñudo el gesto y, de pronto, lanzó un puntazo con la navaja hacia su garganta. Wade se echó hacia atrás, asió la muñeca de Hackard y lo atrajo, como queriendo echárselo encima, pero, mientras Hackard, lanzando un grito ahogado, caía sobre él, Wade colocó ambas piernas en su estómago, siguió cayendo hacia atrás e impulsó al asesino profesional por encima suyo, distendiendo fuertemente las piernas.

Ahora el grito brotó de los labios de Hackard, mientras volaba cabeza abajo hacia la pared. Chocó contra ella, de espaldas y cabeza abajo todavía rebotó y quedó tendido de bruces, con los pies hacia el centro del cuarto. Pero se revolvió tan velozmente que aún pudo ver a Wade gateando hacia la pistola a toda prisa.

—¡Te voy a agujerear como a un cerdo! —barbotó Hackard, poniéndose en pie y lanzándose de nuevo al ataque.

Wade Manning hizo el último esfuerzo, estirando el cuerpo hacia la pistola, cayendo cara abajo cuan largo era. Asió la pistola, giró quedando de[1] costado y apuntó a Hackard, que cargaba contra él lanzando ya una nueva estocada con la navaja.

Plop, disparó Wade, al mismo tiempo que rodaba hacia un lado.

Aún estaba rodando cuando oyó el sonido del cuerpo de Jerry Hackard al caer, y su grito tremolante que se cortó, de pronto. Cuando acabó de girar, se volvió hacia el asesino, alzando la pistola…, pero lo vio tendido de cara al suelo, inmóvil, con la mano abierta y la navaja lejos de ella.

Wade estuvo mirándolo unos segundos, con expresión aterrada. Luego, miró la pistola en su mano y gimió:

—Dios mío…

La dejó caer y se puso en pie rápidamente, pero se quedó sin saber qué hacer, fija la mirada en el cadáver de Jerry Hackard. Se pasó las manos por la cara. Luego, miró alrededor y vio el teléfono. Se acercó a él, lentamente, y descolgó el auricular. Todavía vaciló unos segundos, pero acabó por marcar el número.

—¿…?

—Soy Wade Manning —murmuró—; quiero hablar con el teniente Bellamy, me está esperando en su despacho.

—…

—Sí, espero… ¿Teniente? Soy Manning; acabo de matar a un hombre.

—¡¡…!!

—Le aseguro que es cierto —se tensó la voz de Wade—. Es uno de los dos que nos atacaron esta mañana a la salida del cementerio. El otro está en el distrito de Wilhelmina Rise, en una pensión, en el 41 de Mikahala Way. Se llama Bert Murchison, y no estaba fichado. Éste, sí.

—¿…?

—Jerry Hackard. Estoy con él ahora: 112 Keakealani, en Aina Haina.

—¡…!

—No… No me moveré de aquí.

Colgó el auricular, dirigió otra mirada al cadáver y fue a dejarse caer en el sillón.

CAPÍTULO VII

—Por el amor de Dios, señor Manning —movió la cabeza Bellamy, tras escuchar la explicación—. ¡Usted es un insensato! ¿Qué pretendía, viniendo usted sólo a ver a un tipo como éste?

—Quería hablar con él, saber la verdad.

—¡Nosotros le hubiésemos sacado esa verdad!

—No sé… Me pareció que esta clase de gente no eran de los que se dejaban atrapar, y que si había un tiroteo, ellos iban a perder, así que nos quedaríamos sin saber…

—¡Pero usted no está preparado para enfrentarse con esta clase de sujetos! —insistió Bellamy.

—Ya lo sé… Ahora. No sé… Me pareció que con toda persona se puede… establecer el diálogo, si se hace a las buenas.

—¡A las buenas! —bufó Bellamy—. Bueno, ya puede usted dar millones de gracias al cielo por estar vivo, créame.

—Estoy de acuerdo con usted. Francamente, he pasado un miedo que jamás…

El teléfono del apartamento sonó y Bellamy, Manning, y los dos agentes que habían ido allí, lo miraron vivamente. Luego, los dos policías cambiaron miradas. Y por fin, Bellamy hizo un gesto y se dirigió al aparato.

—¿Sí? —musitó.

—¿…?

—¡Ah, Ducan…! Sí, soy yo. Dime.

—…

Todos miraban a Bellamy. Le vieron morderse los labios, vacilar… Tardó algunos segundos en susurrar:

—Está bien. Ocuparos de los trámites. Pasaré por ahí en cuanto pueda.

Colgó y volvió a sentarse delante de Wade, que le miraba expectante.

—¿Qué pasa, teniente? —preguntó.

—Bert Murchison ha muerto. Se resistió cuando mis hombres fueron a buscarlo, hirió a uno de ellos en una pierna… Tuvieron que matarlo.

—¡Ah!

—Se ha demostrado que usted tenía razón, esta vez —masculló Bellamy—. ¿Sólo se le ocurre decir «ah»?

—No soy de los que dicen: ¿lo ve?, se lo dije.

—Maldita sea mi estampa —gruñó Bellamy—. ¡Estamos igual que al principio!

—No —movió la cabeza Wade—. No. Mientras le esperaba, he tenido tiempo de reflexionar.

—Le vamos a nombrar policía honorario —masculló de nuevo el teniente—. ¿Puedo saber qué ha reflexionado?

—Sobre estos dos hombres. Desde luego, eran asesinos profesionales, pero tengo la certeza de que ninguno de ellos mató a mi tío. Y tampoco querían matarme a mí. Cuando se lo dije a Hackard me miró como si estuviese loco. Es más: me dijo que estaba loco y me llamó idiota. No. No querían matarme a mí, teniente.

—Vaya. ¡Pues ya me dirá a mí a quién querían…!

Bellamy palideció, quedándose con la boca abierta. Sus ojos también se abrieron desorbitadamente.

—¡Ojalá me equivoque! —dijo Wade, también pálido—. Pero será mejor que, nos demos prisa.

CAPÍTULO VIII

—Son casi las seis, Sophie —dijo Roger Kines, apareciendo en el despacho de Harold Manning—. ¿No piensa marcharse?

Sophie Driscoll alzó la cabeza de la lista que estaba examinando y encogió los hombros, señalando el montón de documentos que tenía ante ella, llenando la mesa.

—Todavía queda mucho trabajo por hacer, Roger.

—Si me dijese lo que busca, quizá yo podría ayudarla. Y no sería molestia —se apresuró a sonreír, el tesorero de la Mauna Loa.

—Se lo agradezco, pero no creo que pueda hacerlo. Todos estos papelotes sólo sabemos manejarlos el señor Manning y yo… De todos modos, creo que estoy perdiendo el tiempo.

—¿Qué tal si nos vamos a cenar? La invito… Ya no queda casi nadie. ¡Y demonios, lleva usted más de siete horas con la cabeza metida entre papelotes!

—Sí… Bueno, no sé. Quizá sería lo mejor: ir a cenar y volver luego. Acepto, Roger.

—Estupendo… ¿Qué le parece un Mauna Kiea Cocktail y luego una cena a base de
Limi-Lomi
Salmón, patatas dulces… y un Haupia Pudding?

—Me ha abierto usted el apetito —sonrió Sophie.

—No sabe cuánto me alegro. Ha sido una pena todo esto, ¿verdad? —murmuró—. Pero supongo que los demás debemos seguir adelante. ¡Puerca vida…!

—Quizá por estas cosas no le gustamos a Wade —murmuró Sophia, cogiendo su bolso—, y prefiere vivir solo en una cabaña.

—Es un poco raro el muchacho, ¿verdad? —Kines abrió la puerta del despacho—. Pero parece buena persona…, como su tío,

así que no debe sorprendernos eso. ¿A qué se dedica?

—Pues… no lo sé —se desconcertó Sophie—. La verdad, no tengo la menor idea.

—Parece inteligente —admitió Kines, caminando ya ambos por el pasillo—, pero, sin ánimos de criticarlo, me imagino que no se pueden hacer grandes cosas viviendo solo en una cabaña en un lugar como Kalaupapa; es prácticamente un poblado. Por cierto, ¿dónde está él ahora? ¿Lo sabe usted?

—Con seguridad, no, pero es posible que todavía esté en el Departamento de Policía, mirando fotografías, por si identifica a alguno de aquellos hombres.

—¿Qué hombres?

—¡Oh, es verdad, no lo he dicho…! Bueno, no quise alarmar a nadie. Cuando salimos del cementerio… ¡Ahí está Wade! —señaló, de pronto.

Un coche de la policía acababa de detenerse junto a la acera, y Wade Manning apareció rápidamente por la puerta derecha, mientras el teniente Bellamy lo hacía por la del conductor. Los dos vieron también a Sophie y a Kines, y se acercaron presurosos.

—Buenas tardes, señorita Driscoll —saludó Bellamy—. Hola, señor Kines.

—Hola… —murmuró éste—. ¿Qué pasa?

—Nada en absoluto. Hemos venido a recoger a la señorita Driscoll, para que, con el señor Manning, haga una identificación definitiva de dos sujetos. Es decir —Bellamy sonrió a Sophie—, que tendremos que volver a visitar el Depósito de Cadáveres, señorita Driscoll.

—¡Oh, no…!

Wade Manning la tomó de la mano, sonriendo.

—Ya sabemos que no viste a los dos hombres, sólo la pistola, Sophie… Pero a lo mejor, al verlos, recuerdas haberlos visto… ¿Me entiende?

—Sí, sí…

—Bueno, teniente —masculló Kines—, ¡no me diga que no pasa nada!

—Pues… Sí que ha pasado, señor Kines. Esta mañana…

Bellamy explicó rápidamente lo ocurrido ante el espanto de Sophie al mencionar lo ocurrido entre Wade Manning y Jerry

Hackard. Incluso Roger Kines estaba pálido, escuchando el relato.

—Dos asesinos profesionales —jadeó Kines, cuando el policía terminó el relato—. ¡Pero esto es increíble!

—Debe haber alguna explicación. Aunque, lamentablemente, no serán esos dos hombres quienes nos la proporcionen. Tendremos que seguir buscando… Así que, en cuanto la señorita Driscoll apoye la identificación del señor Manning, nos dedicaremos a buscar amigos de esos dos sujetos, seguir su pista, saber si alguien tenía idea de que hubiese aceptado un trabajo… En fin, todo eso, señor Kines.

—Sí, sí, comprendo. Es una lástima que ninguno de ellos pudiese decir nada.

—Dijeron… Es decir, Hackard dijo que alguien les había pagado. Poca cosa es, pero seguiremos investigando. ¿Vamos, señorita Driscoll?

—Sí… Sí, está bien.

—¿Les acompaño? —se ofreció Kines—. ¿Puedo hacer algo?

El teniente Bellamy se dio un pellizco en la barbilla.

—¿Por qué no, señor Kines? Quizá usted conozca a esos hombres de algo y…

—¿Yo? —Palideció Roger Kines—. ¿Qué quiere decir?

—Por favor. —Bellamy alzó las manos—. No interprete mal mis palabras. Quería decir que quizá usted los vio alguna vez a esos dos hombres hablando con alguien, y eso podría darnos una pista.

—¡Ah…! Sí, entiendo. Bueno, me pareció que… De acuerdo. Vamos allá. Y ojalá pueda ayudarles.

Pero no.

No.

Roger Kines jamás había visto a los dos hombres cuyos cadáveres no llegaron al Depósito hasta una hora y pico después que ellos, en sendas furgonetas. Tampoco Sophie pudo corroborar la identidad clarísima que Wade Manning hizo de ellos; ella había visto la pistola. Nada más que la pistola. Y el coche, por supuesto…

Los cadáveres fueron llevados al interior del Depósito y Bellamy encogió los hombros.

—Bien, tenemos la identificación del señor Manning y no dudo que encontraremos el coche, en el cual quizá hayan huellas que puedan servirnos de algo… ¡Ah, señorita Driscoll! ¿Consiguió algo

respecto a la lista que le encargué?

—No, lo siento.

—Y no será por falta de interés —dijo Kines—. Ha trabajado sin descanso.

—Estoy convencido de ello —asintió Bellamy—. Y creo que todos deberíamos descansar. Son ya las ocho. Señor Manning, ya hemos terminado definitivamente con el apartamento de su tío, así que si lo desea, puede volver allá.

—Gracias. Pero me parece que aceptaré la invitación de la señorita Bradford y me instalaré unos días en su casa. ¿Vienes tú también, Sophie?

—Yo no tengo nada que hacer allí —replicó, adustamente, Sophie.

—Bueno, me harías un favor viniendo… Tengo la impresión de que el señor Bradford aprovechará la ocasión para proponerme la compra de las acciones de la Mauna Loa, y si es así, quisiera que me asesorases en algunos detalles.

—Si piensa usted en vender esas acciones, señor Manning —dijo Kines—, me gustaría comprárselas.

—¿Y usted también? —se sorprendió Wade.

—¿Por qué no? Hace años que trabajo en la Mauna Loa Dressing, y he ido escalando puestos, poco a poco… Tengo algo de dinero y pienso que ser accionista de mi propia empresa no sería precisamente una mala inversión.

—Por supuesto que no. Pensaré en ello, señor Kines.

—Claro que —vaciló Kines—, me temo que yo no podré pagar tanto como el señor Bradford o el señor Richter.

—Usted no debe preocuparse por ello —dijo Wade, poniéndole una mano en un brazo, en gesto amistoso—. Hace ya tiempo que mido a las personas por un sistema que no tiene nada que ver con el dinero, señor Kines.

—Espero que a mí me haya medido bien —sonrió Kines.

Wade sonrió, le dio una palmadita en el brazo y se volvió hacia Sophie.

—¿Nos vamos?

—No sé… ¿De verdad que me vas a necesitar?

—Claro… Y será mejor que nos demos prisa, o no llegaremos a tiempo para la cena.

CAPÍTULO IX

De todos modos, Sophie Driscoll cenó
Lomi-Lomi
Salmón aquella noche. Aunque no tomó el Maitra Kea Cocktail, pues llegaron, en un taxi, cuando los Bradford se disponían a cenar, y ya habían tomado el aperitivo. El menú, sin embargo, no estuvo nada mal: Poi,
Lomi-Lomi
Salmón, Laulau, Chicken Luau y piña.

Los Bradford no pusieron el menor inconveniente a la presencia de Sophie. Al contrario, se mostraron encantados y durante la cena, entre otras cosas, Bradford habló con ella respecto a su nuevo puesto en la compañía, que quedó finalmente a elección de ella, sobre tres posibilidades.

La casa era una hermosa quinta de doce habitaciones, rodeada de jardín, en el que, por supuesto, había una sensacional piscina y una pista de tenis. Palmeras, flores de hibisco… Cuando, después de cenar, Velda Bradford y Wade Manning salieron a la terraza ligeramente elevada sobre el jardín, se quedaron mirando la luna, enorme, de color calabaza, como flotando sobre el mar, que relucía como terciopelo salpicado de espuma color de luna.

Verdaderamente, desde aquel lugar de Kaikiki, el más bello lugar de uno de los más bellos lugares del mundo, podía contemplarse la vida con no poca complacencia.

—Es muy hermoso, ¿verdad? —susurró Velda.

—Sí… Lo es, en efecto, señorita Bradford.

—¿Dónde vive usted? Tengo entendido que no en Honolulú.

—En Molokai; exactamente en la playa de Kalaupapa.

—No he estado nunca allí… ¿Cómo es?

—Bueno, vista una de estas islas, vistas todas. La única diferencia entre Kalaupapa y Honolulú es que allí vive mucha menos gente.

—¿Y eso le gusta a usted? ¿Le gusta vivir solo?

—Me gusta vivir en paz y dedicarme profesionalmente a mi trabajo, sin pensar en otras cosas.

—¿Y cuál es su trabajo?

—Pues me…

—Perdón —oyeron detrás de ellos la voz de Sophie—. Vengo a despedirme, Wade.

Éste se volvió rápidamente y frunció el ceño.

—¿Cómo, a despedirte? —refunfuñó—. Quedamos en que…

—No hago nada aquí. Ya he molestado bastante.

—¡Qué tontería! ¿Verdad, señorita Bradford?

—Desde luego… —sonrió ésta—. ¿Tan mal la hemos tratado, señorita Driscoll?

—No, no, por Dios… Es que…

—Será mejor que nos sentemos los tres —señaló Wade el sofá-columpio encarado al mar—. Naturalmente, yo en el centro, como corresponde a un hombre afortunado… en este aspecto.

Sophie no parecía dispuesta a aceptar, pero Wade la cogió del brazo firmemente y la llevó hacia el sofá-columpio, confortable, amplio, fresco… Esperó a que Velda Bradford se sentase, y lo hizo él. Pareció que ninguno supiese qué decir, hasta que Wade musitó:

—Me dedico a pintar.

—¡Oh! —exclamó Velda—. ¿A eso?

—A ésa —asintió él, fija la mirada en el mar de color calabaza —. Y me dedico a eso, porque es lo que más me gusta.

—Pero también podría dedicarse a pintar en Honolulú, ¿no?

—Ya lo intenté, pero siempre tenía molestias. Molestias de muchas clases: gente que me llamaba, compromisos, problemas con el coche, sermones de tío Harold… Así que un día, me fui a Molokai, busqué, encontré Kalaupapa, y allí me quedé. Desde entonces he pintado tanto, que muy pronto espero hacer una exposición, aquí mismo, en Honolulú…

—¿Espera ganar mucho dinero con ello?

—Me tiene sin cuidado.

—Oh, vamos, señor Manning…

—Completamente sin cuidado. En Kalaupapa pinto, como, duermo y vivo. Vivo de verdad. Me levanto cuando sale el sol y veo el mar, y muchas veces todavía está la luna y muchas estrellas que se resisten a palidecer… Durante todo el día, veo y oigo el mar. Y tengo amigos. Muchos amigos, que saben cuándo pueden visitarme y cuándo no deben hacerlo. La mayoría de ellos son nativos… Les he regalado algunos cuadros, y están muy contentos. Un día, uno de ellos vino a verme, avergonzado. Me dijo que había vendido el cuadro que yo le había regalado y que quería saber si podía considerarse todavía amigo mío. Yo le dije que sí, naturalmente, pero que si necesitaba dinero debió decírmelo a mí, antes de vender el cuadro. Me dijo que no necesitaba dinero, pero que le habían ofrecido tanto que no había podido resistirse…

—¿Cuánto le ofrecieron?

—Veinticinco mil dólares.

Velda Bradford respingó, casi dio un salto en el sofá-columpio.

—¿Veinticinco mil dólares por un cuadro? —exclamó.

—Fui el primer sorprendido, claro está. Como prueba, un mes después, envié dos cuadros a San Francisco, con otro amigo que iba allá. Los vendió enseguida, por cuarenta y cinco mil dólares.

—Pero entonces…, ¡usted es rico!

—Me tiene sin cuidado, en el sentido que usted da a esa palabra. En Kalaupapa no hace falta mucho dinero para vivir. Claro que usted quizá no lo encontraría tan agradable como yo… Vivo en una cabaña, con un frigorífico, un ventilador y un aparato de radio. Y eso es todo: vivo y pinto.

—¿Y es feliz así?

—Mucho. Seguramente, porque no necesito nada más.

—Pero… ¿nunca se encuentra… demasiado solo?

—Eso sí —admitió Wade—. A veces. Pero siempre digo que más vale estar solo que mal acompañado.

—¿Se siente mal acompañado, ahora? —sonrió Velda.

—Sí.

—¡Oh! —exclamó la bellísima pelirroja.

Sophie se puso eh pie rápidamente.

—Buenas noches —dijo con voz aguda.

Y salió rápidamente de la terraza. Wade hizo intención de ponerse en pie. Pero Velda le retuvo por una mano.

—Déjala marchar… —susurró—. Realmente, estaba estorbando, y ella lo sabe. Los dos estamos ahora mucho mejor acompañados, Wade… ¿O no?

—¿Eso quiere decir que se considera una buena compañía, señorita Bradford?

—Juzga tú mismo…

Velda se abrazó al cuello de Wade, y se tendió en el columpio, obligando a él a inclinarse sobre ella. Sus manitas presionaron en la nuca de él, hasta que pudo alcanzar sus labios… Fue un beso lento, largo, dulce… Hasta la quinta llegaba un rumor de motores; ese inconfundible sonido de ciudad grande… Se oían motores, pero no el mar.

Velda apartó sus labios, y susurró:

—¿Soy buena compañía?

—Muy agradable —susurró también él.

—Eres tan tonto… —rió quedamente ella—. Quiero que te quedes aquí, conmigo, Wade.

—¿Para qué?

—Estás desperdiciando tu vida en esa isla… ¿Cómo puedes comparar un poblacho como Kalaupapa, con esto? Seguramente, alguna noche te visitan, ¿verdad? Alguna nativa, de vez en cuando.

—No.

—Creo que mientes… —rió de nuevo Velda—. Pero no importa. Quédate, y seremos los dos tan felices que jamás podrás olvidarlo… ¿Quieres seguir pintando? ¡Pues muy bien, sigue pintando! Pero no en ese horrible lugar, y solo… Me tendrás a mí, tendrás todo lo que quieras… Pero especialmente, me tendrás a mí. Sólo tienes que decir una palabra, y seré tuya… Yo, mi casa, todo lo que tengo, el dinero de mi padre, esta casa… ¡Pídeme lo que quieras, y te lo daré… ahora mismo!

—¿Por qué?

—Porque me gustas… ¡Eres tan raro! Pero te enseñaré a dejar de serlo. Quiero que te quedes, que lleves una vida dulce conmigo… Dulce, dulce, dulce… ¿No te parezco hermosa?

—Muchísimo. Pero…

Velda Bradford lo volvió a besar, apretándose cada vez más contra él. Wade notaba su contacto y su calor. Y los labios de ella, que parecían dispuestos a prolongar el beso hasta la eternidad.

—Entonces —susurró Velda, apartando sus labios—, ¿qué más puedes pedir? Wade, si tú quieres, aquí, ahora mismo…

—No… No.

—Porque me gustas… ¡Eres tan raro! Pero te enséñalo que la vida nos ofrece, dueño mío. Tómalo todo ahora, quédate aquí, para siempre, conmigo… Los dos juntos, siempre. Si de vez en cuando te molesta la gente, te compraré un helicóptero, y nos iremos isla adentro, hacia los volcanes… Tú podrás pintar en paz y yo estaré cerca de ti, bañándome en una cascada, desnuda si lo deseas, para pintarme… ¿Quieres hacer una exposición de tus cuadros? De acuerdo: iremos a París, y te alquilaré la sala que prefieras… París, ¿te das cuenta? ¿Qué más quieres? ¿Una isla para nosotros solos? La compraremos… Compraremos una isla, y nos iremos a ella en un yate. Te lo estoy ofreciendo todo… todo cuanto un hombre pueda pedir, te lo estoy ofreciendo.

—¿A cambio de qué?

—De tu amor. Sólo tu amor. Quiero tu amor a cambio de mi amor… Y nada más.

Ella misma tomó una mano de él, y la deslizó como una caricia, por su cuerpo, mientras volvía a besarlo…

—Y nada más que tu amor… —jadeó—. Dejaremos que mi padre se ocupe de todo, y nosotros…

—¿Qué es todo?

—¡Oh! Esa tontería de los negocios… Dejaremos que él gane el dinero para nosotros, Wade. Quiero que le regales tus acciones de la Mauna Loa y así él será cada vez más rico, y nosotros disfrutaremos de ello, siempre juntos… ¿Sí, mi vida?

—Sí… —asintió Wade—. Lo que tú digas, Velda amada… Jamás pensé que pudiese encontrar la felicidad así, de pronto, sin merecerla…

—¡Sin merecerla…! ¡Qué cosas dices! Pero si tú mereces todo lo mejor, querido mío… Y lo mejor soy yo, que voy a ti para amarte siempre…

—Amor mío…

—¿Quieres que le diga a mi padre que prepare el documento de venta de las acciones?

—Pero es que yo quiero regalárselas…

—No, no… ¡Se me ocurre una idea! ¡Vendérselas a un dólar cada

una, que es lo que te costaron a ti! Así todo estará mejor, más legal… ¿Te parece bien?

—Lo que tú quieras… ¡Lo que tú quieras!

—Voy a decirle a mi padre que prepare…

—Espera… No estropees un momento como éste. Velda. No lo haremos así…

Velda Bradford volvió a besarlo dulcemente.

—¿Cómo quieres que lo hagamos, vida mía?

—Ya es tarde… Puedes ir a ver a tu padre ahora, y decirle que extienda el documento. Luego, con el documento, te vas a tu dormitorio… y me esperas allí… Lo firmaré y luego… nos dedicaremos solamente a ser felices… para siempre… juntos…

—Eres tan adorable… ¡Sí, lo vamos a hacer así, Wade! Sube dentro de quince minutos. Te estaré esperando… con toda la dulzura del mundo… Mi amor… Mi vida…

—Mi cariño…

Se volvieron a besar hasta que, de pronto, Velda lo apartó, lo miró con expresión radiante, y él comprendió. Se apartó, y ella saltó del sofá-columpio, le tiró un beso y desapareció en el interior de la casa.

Wade Manning permaneció todavía en el sofá-columpio, un par de minutos. Luego, se puso en pie, bajó al jardín, lo cruzó, y segundos después abandonaba la hermosa quinta, caminando con las manos en los bolsillos, alejándose avenida abajo hacia Waikiki Beach.

No caminó mucho. Un coche llegó por detrás y se detuvo a su altura. La puerta derecha de atrás se abrió.

—Manning.

Wade se dirigió hacia el coche, mientras el teniente Bellamy salía de él y pasaba al asiento contiguo al del conductor, ocupado por uno de sus hombres. Atrás sólo quedó Sophie Driscoll y Wade se sentó junto a ella, sonriendo fríamente.

—Te has perdido otro canto de sirena… —dijo—. Pero esta sirena aún era más ambiciosa que la otra: quería las acciones a sólo un dólar cada una.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la señorita Bradford?

—En este momento ella y su padre deben estar preparando el documento de venta. Luego, con ese documento de venta ella subirá

a su dormitorio, donde me esperará llena de amor…, hasta que haya firmado. Esta sirena aún era más peligrosa que la otra; me ha ofrecido poco menos que el mundo…, además de ella misma. ¿Te lo ha explicado el teniente?

—No… Bueno, me ha explicado muchas cosas, sí, pero no acabo de comprender esto… ¿Por qué estaba él aquí, y al verme salir me ha recogido en el coche y…?

—Te estamos protegiendo.

—¿A mí?

—Sí. No es a mí a quien querían matar, Sophie, sino a ti.

—¿Qué… qué dices… qué…?

—Claro que podemos equivocarnos —intervino Bellamy—, pero me sorprendería, señorita Driscoll.

—Pe… pero no… no es posible… ¿Por qué han de querer matarme a mí? No soy nadie, no tengo acciones, ni nada… ¡Dios mío, esto no es posible!

—Sophie —Wade le tomó una mano—, estoy seguro de que eras tú la víctima de aquellos dos hombres, no yo. Dentro de poco, sabremos si una de las pistolas de ellos fue la que mató a mi tío. Si así es, nos encontraremos perdidos de nuevo. Pero si no es así, habrá que buscar por otro lado. Y, de todos modos, tú tienes algo por lo que alguien quiere matarte.

—¡Pero si no tengo nada, Wade!

—El tal Jerry Hackard me dijo que alguien les había contratado. Es posible que me mintiese, pero lo sabremos pronto. Cuando Balística haya examinado las balas de las dos pistolas y las compare con las que mataron a mi tío, sabremos si Hackard me mintió y fue uno de ellos el que mató a mi tío, o bien, en efecto, existe otra persona que fue quien mató a mi tío y luego los contrató a ellos para que te matasen a ti.

—Yo… yo creía que… que…

—No. A mí, no. Mi muerte no beneficia a nadie, y además Hackard me dijo que era idiota, cuando le acusé de haber querido matarme. Vamos a esperar que llamen por el radioteléfono al teniente. Mientras tanto, teniente, ¿qué le parece si nos lleva a la playa, para que demos un paseo?

—No está mal pensado —sonrió Bellamy.

CAPÍTULO X

Sophie tomó un puñado de arena y la tiró al agua, que llegaba con dulce rumor muy cerca de los pies de ambos, sentados en la arena. No había nadie más en aquella parte de la playa. Dentro del coche, detrás de ellos, Bellamy y el policía que conducía el coche, esperaban la llamada… y vigilaban alrededor de Wade y Sophie.

—Así que ésta también te ha estado besando —murmuró Sophie.

—Sí. Pero Elaine era más… convincente. Quizá porque tenía menos cosas que ofrecerme y se veía obligada a sugerir más felicidad en el aspecto… personal. ¡Pobre Velda! —rió, de pronto—. Le debe estar saliendo barba esperándome en su dormitorio.

—Me pregunto si realmente no querrías estar allí.

—Si quisiera estar allí, estaría allí.

—¿Y por qué no has aceptado? A ti no te interesan esas acciones, así que a alguien tendrás que vendérselas… Y no creo que nadie te haga una oferta más sugestiva que Velda Bradford.

—Los cantos de sirena son muy bonitos —sonrió apaciblemente Wade Manning—, pero pasados de moda, Sophie. No diré que haya pasado mal rato escuchándolos, pero, ciertamente, no dedicaría toda mi vida a ello. Los cantos de sirenas son… anécdotas para contar alguna vez. Sólo eso.

—¿Y qué harás con las acciones?

—Aún no lo sé… ¿La quieres tú, quizá?

Sophie volvió vivamente la cabeza hacia él, dejando de contemplar el mar.

—¿Esperas que yo también te arrulle con el canto de la sirena? —sonrió.

—Pues, a decir verdad, no me desagradaría de ti.

—Yo aún puedo ofrecerte menos que Elaine Chambers. Ella, al

menos, llegaba respaldada por el dinero del señor Richter.

—Creo haber dicho ya que el dinero me tiene sin cuidado. ¿Te gustaría tener esas ocho acciones?

—Supongo que sí. Sería divertido.

—¿Divertido?

—Muy divertido… Imagino que el señor Bradford y el señor Richter me asediarían para comprármelas. Podría pedirles lo que quisiera…, incluso su… canto de sirenas.

—En todo caso —rió Wade—; sería canto de «sirenos». Sophie, ¿quieres las acciones?

—Yo no soy una sirena como ellas —rechazó hoscamente Sophie.

—¿No sabes… cantar? —sugirió él.

—Esa clase de canto, no.

—Bien… ¿Qué puedes ofrecerme?

—Nada que no te hayan ofrecido ya con mayores ventajas. Ni siquiera soy la más bonita de las tres, y tú lo sabes.

—Pero eres… la más encantadora, la más dulce, la más delicada…

—Gracias. Pero no tengo nada que ofrecer… Nada.

—¿Ni un simple beso?

—Sería un beso muy caro para ti… y para mí.

—Para mí, no. Por mucho dinero que tenga, seguiré viviendo igual, o, al menos, variando de acuerdo a mis gustos. Siempre de acuerdo a mis deseos. Mis deseos, ahora, son volver a Kalaupapa y seguir pintando. Para eso no necesito dinero y, en cambio, un beso tuyo sería un recuerdo agradable… Mucho más agradable que una cuenta corriente. Sí, de las dos cosas, me quedo con tu beso.

—Yo no vendo besos.

—Pero yo los compro. Sophie, comprendo que no soy nada para ti… Soy un tipo insignificante, algo chiflado, que quiere vivir en paz con personas que le hagan sentirse acompañado… Véndeme un beso…, y pon el precio que quieras.

—Me estás… me estás… insultando…

—Si supiese otro modo de conseguir ese beso, no te haría esta oferta.

Sophie Driscoll se quedó mirando fijamente a Wade Manning, y éste vio en los ojos femeninos el brillo del mar color calabaza, y el

refulgir de las estrellas… Y vio el temblor de los labios de la muchacha.

—Si supiese que realmente lo necesitabas —susurró ella quedamente—, te lo daría, Wade. Pero sé que estás jugando conmigo a Ulises y las sirenas…

—¡Señor Manning! —Llegó la voz de Bellamy—. ¡Vengan!

Ninguno de los dos se movió. Continuaron mirándose fijamente, fijamente… Y de pronto, Sophie se adelantó y deslizó brevemente sus labios por los de Wade. Inmediatamente se puso en pie y echó a andar hacia donde esperaba el coche. Wade la alcanzó enseguida y llegaron juntos al coche, fuera del cual les esperaba Bellamy, impaciente.

—Ninguna de esas pistolas disparó las balas que mataron a su tío… —dijo—. Acaban de comunicármelo. Es una lástima que la señorita Driscoll esté enferma.

Sophie miró estupefacta al policía.

—¿Yo? ¿Yo estoy enferma?

—Nada de cuidado —sonrió Bellamy—, pero sí, está usted enfermita, me temo.

—¡Eso es una tontería! ¡Estoy perfectamente! —Sophie no salía de su asombro.

—Sin embargo, nosotros esperamos que nos haga usted el favor de estar enferma mañana, señorita Driscoll —insistió Bellamy.

CAPÍTULO XI

Durante todo el día, Sophie Driscoll permaneció en su coquetón *bungalow*, reponiéndose de su «enfermedad». Por fortuna, había informado a la Mauna Loa que no era nada grave, sólo una ligera indisposición… Sí, sí, al día siguiente iría, desde luego…

Y nada había ocurrido.

A las diez de la noche, Sophie estaba agotada. Había leído, había escuchado música, había visto televisión, había cocinado, había limpiado el apartamento… Menos salir del *bungalow*, lo había hecho todo.

A las once, poco después de terminar la televisión sus programas, decidió que no podía alargar más la velada, así que apagó la luz de la salita, y se retiró a su dormitorio, cuya luz se apagó poco después.

A las doce menos cuarto de la noche sonó la llamada en la puerta del *bungalow*, y Sophie apareció en la salita, en pijama y poniéndose una ligera bata encantadora. Llegó ante la puerta, y preguntó:

—¿Quién es?

Estaba muy pálida, pero aún palideció más al escuchar la voz:

—Soy Roger Kines, Sophie. ¿Puede recibirme, por favor?

—Pero, Roger, son las…

—Por favor… ¡Es necesario! —insistió él.

Con manos temblorosas, la muchacha abrió la puerta, apartándose enseguida. Roger Kines entró, sonriendo forzadamente y mirando a todos lados, antes de fijar su mirada en la muchacha.

—Qué pálida está, Sophie…

—Ya…, ya avisé a la compañía que…, que no me encontraba bien…, Roger, ¿qué quiere? A estas horas…

—Sé muy bien que es una hora intempestiva —admitió él, empujando suavemente la puerta—, pero estaba preocupado por usted.

—Bueno… Se lo agradezco de veras, pero las doce de la noche no…, no son horas de…

—Esto es muy fastidioso para mí, Sophie. Y la verdad, es también lamentable, puesto que usted me ha inspirado siempre simpatía, pero… tengo que matarla.

—¡Dios mío! —Palideció aún más Sophie.

—Lo siento —murmuró Kines.

—Pe… pero es una broma… ridícula que…

—No, no, no… De verdad, no es ninguna broma. —Roger Kines sacó una pistola con silenciador—. Ya ve que no, Sophie.

—Roger…, Roger, por Dios… No…, no comprendo… ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo? ¡Siempre hemos sido…!

—Amigos, lo sé. Pero usted se ha convertido en un peligro para mí, con todo eso de buscar documentos y cosas diversas en el despacho, y estudiando esa maldita lista que le entregó la policía… Su memoria está fallando por ahora, pero temo que más pronto o más tarde recordaría lo que yo no quiero que recuerde.

—No…, no entiendo nada… ¡Nada!

—Es aquel sobre que le entregué al señor Manning por la tarde, ¿recuerda? Usted estaba allí, pero no le di importancia, y luego cometí la torpeza de recuperar el sobre de su caja fuerte…

—¿Usted…, usted fue quien…, quien…? ¡El sobre…! Sí, ahora recuerdo… ¡Oh, Dios mío! Es verdad… Aquella tarde le entregó usted un sobre al señor Manning. Dijo…, dijo que contenía bocetos de unos modelos que se le habían ocurrido a usted y que le agradaría que le diese su opinión sobre ellos… El señor Manning accedió, claro, y cuando quiso dejar el sobre con el resto del trabajo para el día siguiente, usted le pidió…, le pidió que los estudiasen en casa, pues quería saber pronto qué opinaba de ellos… Y el señor Manning se llevó ese sobre a su casa… ¡Y no estaba en la lista que el teniente Bellamy me entregó!

—Ya le he dicho que cometí la torpeza de recuperarlo, al ir a matar a Manning. Por eso tengo que matarla a usted. No puedo permitir…, no podía permitir que usted recordase esto, de pronto, y se lo dijese a la policía, pues vendrían a hacerme preguntas sobre el

sobre, y cómo era posible que no estuviese en la casa de Manning con las demás cosas, si éste se lo había llevado a su apartamento. Eso atraería a la policía sobre mí, Sophie. ¡He pasado unas horas angustiosas, temiendo que usted lo recordase!

—No…, no lo recordaba, no… Pero supongo…, supongo que habría acabado por recordar eso… Roger, mató usted al señor Manning… Dios mío, ¿por qué?

—Quería las acciones.

—Pero él ya no las tenía…

—¡Yo no sabía eso! Desde que supe que iban a enviar a alguien de la casa Valden, de París comencé a pensar y a pensar, y a pensar… La Mauna Loa será mucho más importante, y yo quería también ser más importante. Quería ser director general, y conseguir quinientos mil dólares por esas acciones…

—¡Quinientos mil dólares! ¡Pero si ése es el valor de todas las acciones de la compañía, de las cien!

—Valor nominal —especificó Kines—. Pero sé que habría podido vendérselas a Bradford o a Richter por quinientos mil dólares y el cargo vitalicio de director general de la compañía. Eso es lo que quería, y estaba dispuesto a todo para lograrlo. Y después de mucho pensar, todo lo fui encajando: si mataba a Manning, no sólo abría un hueco en el personal directivo de la compañía, que luego podría ocupar yo, sino que me garantizaba ese puesto proporcionándole a Bradford o a Ritcher el mando de la Mauna Loa. Ésas serían mis condiciones, y el que las aceptase, tendría las acciones de Manning. Así que decidí ir por ellas. Hice unos cuantos monigotes en un papel, los metí en un sobre y le dije a Manning que los mirase en su casa… Y aquella misma noche me presenté en su apartamento, dispuesto a obligarle a firmar la venta de las acciones a mi nombre para justificar mi visita, le dije que iba a recoger el sobre, pues había cambiado de idea. Me abrió la puerta, y fuimos a su despacho. Abrió la caja, sacó el sobre y entonces le dije que sacase también las acciones, pues me las iba a llevar… junto con un documento de su puño y letra en el que se demostraba que me las había vendido hacía un par de meses, al contado y en metálico. Cuando me dijo que ya las había vendido, me enfurecí tanto que ya no pude contenerme y, tal como lo había proyectado, le maté. Luego, busqué las acciones en la caja, pero era verdad, ya no las

tenía… Lo había matado para nada, lo había hecho todo para nada… Cogí el dinero para que pensasen que había ido a robar… Cuando iba a salir del apartamento, vi la llave puesta en la puerta y la llevé al bolsillo del traje que había llevado aquel día. Así todos pensarían que el ladrón había entrado y salido por la terraza, al encontrar la puerta cerrada por dentro y la llave en un bolsillo de Manning… Y salté por la terraza. No comprendo —Kines se pasó una mano por la frente—. No comprendo cómo he podido soportar esta tensión, sobre todo desde que supe que usted iba a examinar la lista de lo que se había encontrado en la caja fuerte… Me sentí helado cuando pensé que si usted recordaba mi sobre, la policía se preguntaría por qué se había llevado aquel sobre, única y precisamente, el ladrón, y comprendí que me harían preguntas, se fijarían en mí… La estuve vigilando y quise matarla cuando salió con Wade Manning del apartamento, pero ese…, ese espantapájaros lo estropeó todo.

—Usted disparó contra mí, aquella noche… Pero entonces, ¿aquellos dos hombres?

—Yo no podía dedicarme a seguirla para esperar la ocasión de matarla, así que… aquella misma noche fui a contratarlos. Sabía dónde podía encontrar sujetos de ésos… ¡He cometido una estupidez tras otra en todo esto, no soy…, no soy un asesino, sólo un…, un loco ambicioso…! Pero voy teniendo suerte, saldré de ésta… Los dos asesinos murieron, y ahora… sólo queda usted… y todo habrá terminado… ¡Ojalá pudiera volver atrás, pero supongo que ya no tiene remedio!

—Ninguno, señor Kines, en efecto —dijo el teniente Bellamy, apareciendo en la puerta del dormitorio de Sophie.

Roger Kines miró allá, y sus ojos se desorbitaron al ver al policía, y junto a el, lívido como un cadáver, a Wade Manning. Por un instante, pareció no comprender, pero, súbitamente, se dio cuenta de que le habían tendido una trampa, que sabían que a quien tenían que matar Murchison y Hackard era a Sophie Driscoll, y la habían utilizado como cebo, seguros de que, quien fuese, insistiría en matarla. La llamada de Sophie a la Mauna Loa diciendo que estaba enferma era solo una mentira, y ella había estado esperando todo el día, sabiéndose protegida por el policía y Wade Manning, encerrados en el dormitorio.

Lo comprendió, de pronto, en una fracción de segundo, y la sangre se agolpó en su cabeza, como si fuese a reventarla, a hacerla estallar. Sintió la misma furia que cuando Harold Manning le dijo que había vendido las acciones…

Lanzó un grito de rabia, alzó la pistola…

¡*Pack*!, restalló el disparo del teniente Bellamy.

Y mientras Roger Kines caía, muerto fulminantemente de un disparo en el corazón, Sophie Driscoll corría hacia los brazos de Wade Manning, en los cuales cayó poco menos que desmayada, tal era el miedo que había pasado.

CAPÍTULO XII

Wade Manning tomó los dos cheques, los miró y sonrió amablemente.

—Bien —dijo—. Supongo que esto es lo que quería mi tío, caballeros: que siempre hubiese igualdad y paz en la Mauna Loa Dressing. Y creo que hemos encontrado la solución perfecta, ¿no les parece?

—Ha sido una cochinada —farfulló Robert Bradford.

—Usted es un sádico —refunfuñó Arthur Richter.

También la señorita Trigg, secretaria de Bradford, y Elaine Chambers, secretaria de Richter, miraban hoscamente a Wade. Pero, posiblemente, quien con más rencor le miraba, era Velda Bradford. En cambio, Sophie Driscoll miraba a Wade como si fuese un genio. Estaban todos reunidos en al sala de juntas de la compañía, y allá, acababa de firmarse la venta de las ocho acciones, que Wade había comprado a un dólar cada una, cuatro acciones vendidas a Bradford. Cuatro acciones vendidas a Richter. Seguía el empate… Y seguramente seguiría por mucho tiempo.

—Ha sido una jugada maravillosa, Wade —aseguró Sophie.

—¡Usted está despedida! —gritó Richter.

—¡Será con mi permiso! —interpuso Bradford.

—Ni tu permiso, ni narices. ¡Si yo digo…!

—Lo mismo que digas tú, puedo decirlo yo: la señorita Driscoll no está despedida.

—¡Está despedida y mil veces despedida!

—¡No está desp…!

—Caballeros, por favor —intervino Wade Manning—. Será mejor que aprendan a ponerse de acuerdo desde ahora mismo. No olviden que tienen cincuenta acciones cada uno. No entiendo de

negocios, pero me atrevo a sugerirles que busquen una armonía entre ambos. De lo contrario, ambos se arruinarían.

—¡Nadie ha pedido su opinión! —exclamó Bradford.

—Exactamente —apoyó Richter—. ¡Además, usted ya no es nadie en la Mauna Loa, así que lárguese!

—Con mucho gusto. Parece que empiezan a estar de acuerdo en algo, y me alegro. En cuanto a la señorita Driscoll, no se preocupen por ella; se va por propia voluntad. ¿Verdad, Sophie?

—Sí —sonrió ella, dulcemente—. Me voy contigo, a Kalaupapa.

—¿Estás loca? —exclamó Elaine—. ¡Pero si allí no hay nada!

—Sólo un tipo chiflado que pinta —apoyó Velda Bradford.

—Cantos de sirena —sonrió Sophie—. Para mí, vuestras palabras sólo son cantos de sirena. ¿Nos vamos, Wade?

Wade Manning se acercó a ella, la tomó por una mano y se dirigieron a la puerta. Desde allí, envió su último saludo alzando la otra mano:

—*Aloha*…

Salieron de la Mauna Loa tomados de la mano. Y ya en la calle, Wade miró fijamente a Sophie.

—Yo sólo dije que te ibas de la compañía, no que te venías conmigo… —murmuró.

—¡Oh…! Yo entendí…, entendí que… ¡Wade, me he quedado sin empleo, no puedes dejarme sola, ahora!

—Mmmm… Bueno, quizá tengas razón, sí. Está bien, te dejaré venir conmigo a mi cabaña, y te buscaré algún trabajo… Por ejemplo, podrías dedicarte a limpiar mis pinceles. ¿Qué te parece?

—¡Es un trabajo maravilloso!

—¿De veras? —Alzó él las cejas—. Caramba, ¡pues si vieras que es el único que me fastidia, cuando pinto!

—Yo lo haré por ti.

—Parece un buen negocio —admitió Wade—. Bien, son las once y cuarto. ¿Te parece que nos encontremos en el apartamento de mi tío, a las doce? Vas a tu *bungalow*, recoges tus cosas, y yo haré lo mismo en el de mi tío… Tiene algunos libros que me gustaría llevarme… ¡Ah! Cuando llegues, no despidas al taxi; iremos con él al aeropuerto.

—Sí, mi amor, sí…

—Te besaría de buena gana, pero…

—Pero no soy tan bonita como las sirenas…

—Eres infinitamente mejor, en todo… Por eso, prefiero esperar a estar solos, en mi cabaña, en mi playa, con mi sol, mis estrellas, mi luna… Quiero que nuestro primer beso de verdad sea algo que podamos recordar toda la vida. A las doce, en el apartamento de mi tío.

Y se alejó de ella rápidamente, llamando un taxi.

A las doce menos veinte lo tenía todo preparado para la marcha, y, desde la terraza, veía a los niños jugando en los jardines de la parte de atrás. Encendió un cigarrillo, se acomodó en la tumbona y dejó vagar la mirada por el cielo. ¿Qué haría con el apartamento? Lo mejor, pensó, era conservarlo, pues sabía que Sophie querría, de vez en cuando, pasar unos días en Honolulú, y no le parecía mal, ni mucho menos. Además, él tendría que regresar pronto para preparar la exposición de sus pinturas… Sonrió, y se miró las manos, siempre manchadas de colores. Sí, eso era lo que quería: vivir en la playa de Kalaupapa, pintar y…

Y sonó el timbre de la puerta.

—Ahí está —se puso rápidamente en pie.

Corrió hacia la puerta; la abrió… y se quedó contemplando, turulato, a la bellísima y sofisticada dama que apareció ante sus ojos. Era de una elegancia aterradora, olía a perfume exquisito, su belleza era algo apabullante… Y tenía una sonrisa capaz de derretir un iceberg.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella, con extraño acento.

—¡Eeeeh…! ¡Pues…, pues sí…! Sí, claro…

—Gracias —ella entró, empujó la puerta, miró a su alrededor, luego miró a Wade, y volvió a sonreír de aquella manera especial—. ¡Cuánto me alegro de haber hecho el viaje!

—Ah… ¿Sí? ¿Por qué?

—Toda mujer siempre espera encontrar a su hombre… ¡Y yo acabo de encontrarlo!

Le echó los brazos al cuello y lo besó. Wade Manning tuvo la impresión de que se le estaba estrechando el nudo de la corbata, y la cabeza comenzó a hacerle pom, pom, pom, pom… Apartó su boca de la de aquella exquisita mujer, y jadeó:

—Señora…

—Señorita —dijo ella, con dulzura terrible—. Me llamo

Dominique Flauvert, acabo de llegar a Honolulú y me he dicho que antes que nada tenía que ver al hombre de mis sueños. ¡Y existe ese hombre, eres tú…!

—Bu…, bueno… Mire, señorita Flauvert…

—Llámeme Dominique. ¡Vamos a ser tan felices juntos, mon amour! Eres tan hermoso, tan rubio…, ¡tan hombre!

Lo volvió a besar. Wade Manning estaba como un tonto, con los brazos colgando, sin saber qué hacer con ellos. Así que, sólo por comodidad, los colocó alrededor de la cintura de Dominique Flauvert, y abrió los ojos, aterrado ante la volcánica manera de besar de la desconocida dama… Y entonces hubiese querido que un rayo lo fulminase: allá, en la puerta que no había sido cerrada completamente, estaba Sophie, pálida, abierta su boquita sonrosada en la muda expresión de un gemido.

Vista y no vista. Antes de que pudiese reaccionar, ella dio media vuelta y desapareció. Intentó librarse del abrazo de Dominique, mientras oía el taconeo de los zapatos de Sophie escaleras abajo, pero la bien perfumada dama era de una persistencia admirable y tuvo que emplear la rudeza para apartarla.

—¡Pero, mon amour…! —sonrió ella—. ¡No seas tan brusco con tu amorcito…! En París, los hombres…

—¡Ni París ni porras…! ¿Es usted la enviada de la casa Valdem, la que tiene que asociarse con la Mauna Loa?

—¡Oh, sí! Exactamente. Pero antes de…

—Escuche, sirena, si lo que busca es comprar mis acciones, ha llegado tarde. Su informador debió advertirle, al llegar, que esta mañana las he vendido ya a los señores Bradford y Richter.

—¿Las ha vendido? ¡Debió decírmelo antes, caradura!

—¡Váyase al demonio! —aulló Wade.

Pero el que se fue, fue él; aunque no al demonio, sino escaleras abajo… Corrió tanto, que aún llegó a tiempo de ver a Sophie dentro del taxi que se alejaba. Abrió la boca para llamarla, pero comprendió que eso no conducía a nada, y se dispuso a tomar otro taxi… Cuando apareciese alguno, claro. Cosa que no ocurrió en los primeros dos minutos.

Quien sí apareció fue Dominique Flauvert, saliendo del edificio, con caminar firme, resuelto, endurecida la expresión. Pasó por su lado, le miró furiosamente y dijo:

—¡…!

Wade Manning enrojeció ante la magnitud del insulto y masculló:

—Vete a París, sirena.

Regresó al apartamento y se dejó caer en un sillón malhumorado. La llegada de la última sirena no podía haber sido más inoportuna, desde luego. Se puso en el lugar de Sophie, y frunció el ceño. Tenía que admitir que ella había reaccionado con lógica, pues tampoco a él le haría gracia encontrarla, a cada paso, besando a otro hombre.

—Descolgó el teléfono y se comunicó con Bellamy:

—¿Teniente? Soy Wade Manning.

—¡…!

—No —gruñó—. No me interesa ser policía. Pero quiero pedirle un favor: localíceme a Sophie, ¿quiere?

—¿…?

—¿Qué ha pasado ahora? ¡Pues que me ha encontrado abrazando a una francesa estupenda y…! ¡Otra sirena que quería las acciones, eso es todo! La enviada de la Valdem, de París… ¿Se está usted riendo?

—Pues no le veo la gracia. Escuche: yo no puedo andar por ahí como un bobo, pero usted y su Departamento sí pueden ayudarme. ¿O no?

—…

—Gracias. Por favor, localice a Sophie, y dígale que la señora era otra sirena, la de París. Yo estaré esperando aquí, en el apartamento de mi tío. Dígale a Sophie…

Poco después, colgaba, y se dejaba caer en el sillón de nuevo. Estaba seguro de que Bellamy encontraría a Sophie. En cambio, él sólo conseguiría perder el tiempo, yendo de un lado a otro.

El teléfono sonó nada menos que a las cinco y media de la tarde.

—¿Wade? —dijo Bellamy—. La hemos encontrado, desde luego. Le he explicado eso de la sirena de París, pero… Bien, lo siento. Dice que…, que está usted fresco si espera que ella vaya ahí. Lo siento de veras, muchacho.

FINAL

Johnny Olakaea lo llevó desde el aeropuerto hasta su cabaña de la playa, cerca de Kalaupapa, con su viejo *jeep* y se quedó mirándolo cuando Wade, en lugar de saltar enseguida, como siempre, permaneció inmóvil en el asiento, sombrío.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Manning?

—¿Eh…? No… No, Johnny. Gracias.

Cogió su bolsa de U. S. Navy, y se dirigió hacia la cabaña. Tiró la bolsa dentro por una de las ventanas, siempre abiertas, y se sentó en el porche, contemplando la velocísima puesta de sol, y el mar, a menos de veinte pasos… Era lo único que se oía: el mar. Miró las palmeras, la fina arena que se teñía de rojo, las blancas olas espumosas… Sí, aquél era su mundo; allí quería vivir siempre, o casi siempre. Y estaba demostrado: en cuanto se alejaba de aquel lugar, tenía complicaciones.

Se quitó las ropas y, con especial placer, los zapatos. Empujó la puerta, entró, y buscó un Sarong, que se colocó hábilmente en la cintura, sin dejar de refunfuñar, y mirando, sin ver, las dos maletas que había junto a la puerta. Hasta que, de pronto, se dio cuenta de que estaba viendo dos maletas que no eran suyas. Se acercó y miró la etiqueta de una de ellas, en la que ponía el nombre del propietario. Es decir, de la propietaria: Sophie Driscoll, Kalaupapa, Molokai.

—Pe… pe… pe… pero…, pero…

Salió de la cabaña corriendo, hacia la playa. Primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda…, y por ese lado, vio apoyada en una palmera, a una nativa que llevaba un sarong en la cintura, y un collar de flores al cuello. Corrió hacia ella, y llegó, jadeante, preguntando en hawaiano:

—¿Has visto a una…? ¡Sophie!

—¡Aloha! —sonrió ella—. Supuse que me prestarías uno de tus… vestidos de estar por casa. ¿Cómo me sienta?

—Pe… pero… el teniente me dijo…

—Lo que yo le pedí que te dijera. Quería darte una sorpresa cuando llegases. ¿Sabes una cosa? Eres muy conocido en la isla. Llegué al aeropuerto Hoolehua, pregunté si alguien podía traerme a Kalaupapa para localizarte, y me trajeron directamente aquí en un *jeep* muy viejo. ¿Me invitas a sentarme en la arena de tu playa para ver la puesta de sol?

Le tendió la mano y Wade Manning la tomó; caminaron unos pasos y se tendieron en la fresca arena. Por encima de ellos, la brisa que llegaba del mar hacía oscilar suavemente las grandes palmas…

—¡Qué silencio! —susurró Sophie—. No se está tan mal aquí, después de todo. Y… me parece que el silencio no es completo. ¿No oyes el canto de la sirena?

—¿Eh…? —Se pasmó Wade.

—Sí, sí… Escucha atentamente. ¿No oyes el canto de una sirena?

—Pues…, pues no… No…

—Porque eres tonto —Sophie le abrazó, y se tendieron bajo el fulgor rojo del sol—. ¿De verdad no oyes el canto de una sola sirena?

—¡Oh…! Bueno, ahora que lo dices… Pero me parece que esa sirena no canta muy bien.

Sophie acercó su boca a la de Wade.

—Pues enséñame. ¿Cómo se empieza?

Wade Manning se dijo que no tenía nada mejor que hacer, y se dedicó a enseñar a cantar a su sirena de turno… La última. Y la sirena parecía muy bien dispuesta a aprender muchas cosas.

Y desde luego, ninguno de los dos olvidaría aquel primer beso.

Aunque pasasen mil años.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…

Notas

[1] Kamehameha I, que reinó en las Hawaii (1795 — 1819), fue fundador de su dinastía, que alcanzó hasta Kamehameha y (1863 — 1872). En 1873 inició su reinado William C. Lunalilo, ya bajo la influencia norteamericana. En cuanto a la frase Ua Mau Ke Es O Ka Aina I Ka Pomo, consta en el estado de Hawaii (admitido en USA en 1959), y significa, traducido libremente. La vida de la Tierra está basada en la justicia. <<

[2] La palabra hawaiana ALOHA, usada generalmente como saludo, tiene un sentido muy amplio y diverso. Puede significar no sólo hola y adiós; sino muchas cosas más: bienvenido, hasta la vista, aquí estoy, ¿cómo estás?, por fin nos vemos, me alegro de verte… < <